

The background of the entire page is a soft, out-of-focus green. Two white daisies with bright yellow centers are visible. One is in the lower-left foreground, and the other is slightly behind and to the right, both appearing to be in bloom.

El Camino a Cristo

Encontrando el camino a la paz y la alegría

Elena G. de White

El Camino a Cristo

EL CAMINO A CRISTO

POR
ELENA G. DE WHITE



RELIGIOUS LIBERTY PUBLISHING ASSN.

© 2020 Sociedad Misionero Internacional, Iglesia Adventista del Séptimo Día, Movimiento de Reforma, Unión Americana. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducido o transmitido de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia y sistemas de almacenamiento y recuperación, sin permiso en escrito por parte de la Sociedad Misionero Internacional.

RELIGIOUS LIBERTY PUBLISHING ASSN.

4243 US Highway 319 North

Norman Park, GA 31771

www.sda1888.org

INDICE

Introducción	7
El Amor de Dios por la Humanidad	11
Hemos hallado un Salvador	20
El Arrepentimiento	27
La Confesión	43
La Consagración	49
Fe y Aceptación	56
La Piedra de Toque	64
Creciendo	75
El Gozo de la Colaboración	85
Los dos Lenguajes de la Providencia	94
¿Podemos Comunicarnos con Dios?	103
¿Qué se debe hacer con la Duda?	117
La Fuente de Regocijo y Felicidad	127

Introducción

Aun antes que Johannes Gutenberg inventara el tipo móvil alrededor del año 1439 y las primeras 180 copias de la versión Latina fueran “producidas en masa” durante los años 1450 hasta 1454, la Biblia era el libro más popular en Europa. Hoy día es el libro más popular en todo el mundo. ¿A qué se debe tal popularidad? Se debe a que ella ha cambiado más vidas que cualquier otro libro que alguna vez se haya escrito.

Una mirada cercana a los sucesos acaecidos desde mediados del siglo XV revela que el desarrollo de la cultura occidental y la historia del Libro de los libros están íntimamente relacionadas. Sin embargo, y a pesar de su popularidad, en repetidas ocasiones ha sido prohibida, simplemente porque cuando la gente común por sí misma lee la Biblia, ella desafía el status quo. No es de sorprenderse entonces que una vez más sea ella el centro de la controversia. Tampoco es de sorprenderse que muchos de aquellos que se le oponen nunca la hayan leído con el propósito de entender lo que ella realmente dice.

Es precisamente con este propósito que el pequeño libro que tiene en sus manos fue producido. Este libro está estrictamente basado en la Biblia y las verdades fundamen-

tales que contiene han ayudado a millones a apreciar las ricas promesas de la Biblia. Quizás es por eso que ha estado entre los 10 libros más vendidos de casi cada año desde que fue publicado por primera vez en 1892. Citamos por ejemplo: "La Biblia no fue escrita solo para el erudito; al contrario, fue designada para la gente común. Las grandes verdades necesarias para la salvación están presentadas con tanta claridad como la luz del mediodía; y nadie perderá o equivocará el camino, excepto aquellos que sigan su propio juicio en lugar de la voluntad de Dios revelada tan claramente." (Ver capítulo 10.) La autora, E.G. de White, vivió para ver publicadas más de 50 de sus obras (1827-1915). Algunos de sus otros libros populares incluyen *El Deseado de Todas las Gentes*, *El Conflicto de los Siglos*, y *Patriarcas y Profetas*.

Al mismo tiempo, líderes religiosos de casi todos los niveles de responsabilidad y convicción han extraído invaluables gemas de las páginas del Camino a Cristo para compartirlas con aquellos que están bajo su cargo. Aquí se nos presenta en un lenguaje sencillo al verdadero Príncipe de Paz. Su tema fundamental es el lugar que ocupa la gracia en el verdadero desarrollo del carácter. Aunque no fue escrito como un libro de auto ayuda o como un plan de estudios para un seminario de liderazgo cumple con ambas funciones y mucho más.

Este pequeño volumen contiene un enorme caudal de sabiduría para todo aquel que desea una experiencia más profunda en las cosas relacionadas con la vida eterna, aquellas cosas que son de verdadera y suprema importancia.

Su título nos dice lo que abarca: *El Camino a Cristo*. Está diseñado para guiar paso a paso, a lo largo del camino, a todo aquel que busca con sinceridad la verdad, la justicia, y la plenitud, hasta la total entrega del yo a Cristo, el Redentor del mundo. Aquí se presenta la clave para la victoria personal y pública. La gracia y el amor del más grande amigo de la humanidad nos muestran el camino para unirnos y para mantener una conexión viviente con el Dios eterno y hallar con ello una vida de reposo y una visión más clara del propósito de nuestra existencia.

—*Los Publicadores*



EL AMOR DE DIOS POR LA HUMANIDAD

La naturaleza y la revelación, por igual dan testimonio del amor de Dios. Nuestro Padre celestial es la fuente de vida, de sabiduría y de gozo. Mirad las maravillas y bellezas de la naturaleza. Pensad en su magnífica adaptación a las necesidades y a la felicidad, no sólo del hombre, sino de todas las criaturas vivientes. El sol y la lluvia que alegran y refrescan la tierra, los montes, los mares y los valles, todos nos hablan del amor del Creador. Dios es el que suple las necesidades diarias de todas sus criaturas. El salmista lo expresó en las hermosas palabras siguientes:

*“Los ojos de todos esperan en ti,
Y tú les das su comida a su tiempo.
Abres tu mano,
Y colmas de bendición a todo ser viviente”*
(Salmos 145:15-16).

Dios hizo al hombre perfectamente santo y feliz y la hermosa tierra, al salir de las manos del Creador, no tenía

*Dios hizo
al hombre
perfectamente
santo
y feliz.*

ninguna señal de decadencia, ni ninguna sombra de maldición. Es la transgresión de la ley de Dios, la ley de amor, lo que ha traído dolor y muerte. Sin embargo en medio del sufrimiento que resulta del pecado, se revela el amor de Dios. Está escrito que Dios maldijo la tierra por causa del hombre (Génesis 3:17). Las espinas y los cardos, las dificultades y las pruebas que hacen de la vida del hombre una vida de trabajos y cuidados, le fueron asignados para su bien, como parte de la preparación necesaria, según el plan de Dios, para su elevación de la ruina y de la degradación que el pecado había causado.



“Dios es amor” está escrito en cada capullo que se abre, en cada tallo de la naciente hierba.

El mundo, aunque caído, no es todo sufrimiento y miseria. En la misma naturaleza hay mensajes de esperanza y de consuelo. Hay flores en los cardos y las espinas están cubiertas de rosas.

“Dios es amor” está escrito en cada capullo que se abre, en cada tallo de la naciente hierba. Los hermosos pájaros que llenan el aire con sus alegres trinos, las flores exquisitamente matizadas con sus delicados colores perfuman el aire, los elevados árboles

del bosque con su hermoso follaje de viviente verdor, todos testifican del tierno y paternal cuidado de nuestro Dios y de su deseo de hacer felices a sus hijos.

La Palabra de Dios revela su carácter. Él mismo ha declarado su infinito amor y piedad. Cuando Moisés oró: “Te ruego que me muestres tu gloria,” el Señor le contestó;

“Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro” (Éxodo 33:18-19). Esta es su gloria. El Señor pasó delante de Moisés y proclamó: “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado” (Éxodo 34:6-7). Él es “tardo en enojarse y de grande misericordia” (Jonás 4:2), “porque se deleita en misericordia” (Miqueas 7:18).

Dios ha unido nuestros corazones a Él con pruebas innumerables de amor en el cielo y en la tierra. A través de las cosas de la naturaleza y por los más profundos y tiernos lazos que pueda conocer el corazón humano, Él ha procurado revelárenos. Sin embargo, estas cosas representan su amor sólo de forma imperfecta. Aunque todas estas evidencias han sido dadas, el enemigo del bien ha cegado las mentes de los hombres de modo que ellos miren a Dios con temor; que piensen en Él como a un ser severo e implacable. Satanás indujo a los hombres a concebir a Dios como a un ser cuyo principal atributo es la justicia inexorable, como un juez severo y un acreedor estricto y exigente. Él representó al Creador como un ser que vela celosamente para discernir los errores y las faltas de los hombres, para poder traer luego sus juicios sobre ellos. Fue con el propósito de quitar esa oscura sombra que Jesús vino a vivir entre los hombres, revelando al mundo el infinito amor de Dios.

Satanás indujo a los hombres a concebir a Dios como a un ser cuyo principal atributo es la justicia inexorable.

El Hijo de Dios vino del cielo para dar a conocer al Padre. "A Dios nadie le ha visto jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer" (Juan 1:18). "Ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar" (Mateo 11:27). Cuando uno de los discípulos le pidió: "Muéstranos al Padre," Jesús le contestó: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: muéstranos al Padre?" (Juan 14:8-9).

Describiendo su ministerio terrenal, dijo Jesús: El Señor "me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos" (Lucas 4:18). Esta era su obra. Él iba haciendo bien y sanando a todos los oprimidos de Satanás.

Había villas enteras donde no se oía un lamento de enfermedad en ninguna de sus casas; porque Él había pasado por ellas y había sanado a todos sus enfermos.

Su trabajo era evidencia de su unguimiento divino. El amor, la misericordia y la compasión se revelaban en cada acto de su vida; su corazón rebosaba de tierna simpatía hacia los hijos de los hombres. Él tomó la naturaleza humana para comprender las necesidades de los hombres. Los más pobres y los más humildes no tenían miedo de acercársele. Aun los niños se sentían atraídos hacia Él. Les gustaba subirse a sus rodillas, y mirar ese rostro pensativo, benigno y amante.



Jesús no suprimió una sola palabra de verdad, pero la expresó siempre con amor. Usó el mayor tacto y la atención más fina y delicada en su trato con la gente. Nunca fue rudo, nunca pronunció una palabra severa innecesariamente, nunca causó una pena innecesaria a un alma sensible. No censuraba la debilidad humana. Hablaba la verdad, pero siempre con amor. Denunciaba la hipocresía, la incredulidad y la iniquidad; pero las lágrimas velaban su voz cuando profería sus fuertes reprensiones. Lloró sobre Jerusalén, la ciudad amada que rehusó recibirlo, a Él, el Camino, la Verdad y la Vida. Ellos habían rechazado al Salvador, pero Él los consideraba con ternura compasiva. Su vida fue una vida de abnegación y de verdadera solicitud por los demás. Toda alma era preciosa a sus ojos. Aunque siempre llevaba consigo la dignidad divina, se inclinaba con la más tierna consideración hacia cada miembro de la familia de Dios. En todos los hombres veía almas caídas a quienes era su misión salvar.

Tal es el carácter que Cristo reveló en su vida. Este es el carácter de Dios. Es del corazón del Padre de donde fluyen ríos de divina compasión hacia los hombres, revelada en Cristo. Jesús, el tierno y compasivo Salvador, era Dios “manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16).

Jesús vivió, sufrió y murió para redimirnos. El se hizo “Varón de dolores” de modo que nosotros fuésemos hechos partícipes del gozo eterno. Dios permitió que su amado Hijo, lleno de gracia y verdad, descendiera de un mundo de indescriptible

*Jesús vivió,
sufrió y
murió para
redimirnos.*



gloria a un mundo manchado y distorsionado por el pecado, oscurecido por la sombra de la maldición y la muerte. Permitió que dejase el seno de su amor, la adoración de los ángeles, para que sufriera la vergüenza, el insulto, la humillación, el odio y la muerte. “El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5). ¡Miradlo en el desierto, en el Getsemaní, sobre la cruz! El inmaculado Hijo de Dios tomó sobre sí la carga del pecado. Él, quien había sido uno con Dios, sintió en su alma la horrenda separación que hace el pecado entre Dios y el hombre. Este sentimiento arrancó de sus labios el grito angustioso: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46). Era la carga del pecado, la comprensión de su terrible enormidad, y la separación que causa entre el alma y Dios lo que quebrantó el corazón del Hijo de Dios.

Pero este gran sacrificio no fue hecho para crear en el corazón del Padre amor hacia el hombre, ni el deseo de salvarlo. ¡No, no! “Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito” (Juan 3:16). El Padre nos ama, no a causa de la gran propiciación, sino que proveyó la propiciación porque nos ama. Cristo fue el medio por el cual Él podía derramar su infinito amor hacia el mundo caído. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Corintios 5:19). Dios sufrió juntamente con su Hijo. En la agonía del Getsemaní y en la muerte del Calvario el corazón del Amor Infinito pagó el precio de nuestra redención.

Jesús dijo: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar” (Juan 10:17). Es decir: “Mi Padre os ha amado tanto que me ama más por dar mi vida para redimiros. Al convertirme en vuestro Sustituto y Garante, por haber rendido mi vida y tomado vuestras responsabilidades, vuestras transgresiones, soy estimado por mi Padre; porque por mi sacrificio, Dios puede ser justo, y sin embargo, ser el justificador de aquel que cree en Jesús.”

Nadie sino el Hijo de Dios podía efectuar nuestra redención; porque sólo el que estaba en el seno del Padre podía darlo a conocer. Sólo Él, que conocía la altura y la

profundidad del amor de Dios podía manifestarlo. Nada menor que el infinito sacrificio hecho por Cristo en favor del hombre caído podía expresar el amor del Padre hacia la humanidad perdida.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito.” Lo dio no solo para que viviera entre los hombres, para que llevara los pecados de ellos y para que muriera como sacrificio. Dios lo dio a la raza caída. Cristo debía identificarse con los intereses y las necesidades de la humanidad. El que era uno con Dios se ha unido con los hijos de los hombres por lazos que nunca serán disueltos. Jesús “no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:11); Él es nuestro Sacrificio, nuestro Abogado, nuestro Hermano, lleva nuestra forma humana ante el trono del Padre y por la eternidad será uno con la raza que Él redimió; es el Hijo del hombre. Todo esto fue hecho para que

*Nadie sino
el Hijo de
Dios podía
efectuar
nuestra
redención.*

el hombre fuera levantado de la ruina y de la degradación del pecado, para que reflejara el amor de Dios y participara del gozo de la santidad.

El precio pagado por nuestra redención, el infinito sacrificio del Padre eterno al dar a su Hijo para que muriera por nosotros, debiera darnos un concepto elevado de lo que podemos llegar a ser por Cristo. El apóstol Juan, al contemplar la altura y la profundidad y la anchura del amor del Padre hacia la raza que perecía, rebosaba de adoración y reverencia y al no poder encontrar palabras adecuadas para expresar la grandeza y la ternura de este amor, apeló al mundo para que lo contemplase.

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1).

¡Qué gran valor da esto al hombre! Por causa de la transgresión, los hijos del hombre se hacen siervos de Satanás. Por la fe en el sacrificio expiatorio de Cristo, los hijos de Adán pueden llegar a ser hijos de Dios. Al revestirse de la naturaleza humana, Cristo eleva la humanidad.

Los hombres caídos son colocados donde, mediante la relación con Cristo, pueden llegar a ser en verdad dignos del nombre “hijos de Dios.”

Un amor tal es incomparable. ¡Hijos del Rey celestial! ¡Preciosa promesa! ¡Tema

Por causa de la transgresión, los hijos del hombre se hacen siervos de Satanás. Por la fe en el sacrificio expiatorio de Cristo, los hijos de Adán pueden llegar a ser hijos de Dios.

apropiado para la más profunda meditación! ¡El incomparable amor de Dios hacia un mundo que no lo amaba!

Este pensamiento tiene un poder subyugador sobre el alma y cautiva el entendimiento a la voluntad de Dios.

Mientras más estudiamos el carácter divino a la luz de la cruz, más veremos misericordia, ternura y perdón unidos a la equidad y justicia y más claramente discerniremos las innumerables evidencias de un amor que es infinito y una tierna piedad que sobrepasa la compasión de una madre para con su hijo descarriado.



HEMOS HALLADO UN SALVADOR

El hombre fue dotado originalmente de facultades nobles y de una mente bien equilibrada. Era perfecto y estaba en armonía con Dios. Sus pensamientos eran puros y sus designios santos. Pero por la desobediencia se pervir-

Era el propósito del tentador torcer el plan divino en la creación del hombre y llenar el mundo con tristeza y desolación.

tieron sus facultades y el egoísmo sustituyó al amor. Su naturaleza se hizo tan débil por la transgresión que le fue imposible, con sus propias fuerzas, resistir el poder del mal. Fue esclavizado por Satanás y así habría permanecido para siempre si Dios no hubiera intervenido en forma especial. Era el propósito del tentador torcer el plan divino en la creación del hombre y llenar el mundo con tristeza y desolación. Luego señalaría todo este mal como resultado del trabajo de Dios al crear al hombre.

El hombre, en su estado de inocencia, gozaba de completa comunión con Aquel “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Colosenses 2:3). Pero después de pe-

car, no encontraba gozo en la santidad, y trató de ocultarse de la presencia de Dios. Tal es aún la condición del corazón no regenerado. No está en armonía con Dios, y no halla gozo en la comunión con Él. El pecador no podría ser feliz en la presencia de Dios; rehuiría la compañía de los seres santos. Si se le permitiera entrar al cielo, no hallaría gozo en aquel lugar. El espíritu de amor desinteresado que reina allí donde cada corazón responde al corazón de Amor Infinito, no hallaría respuesta en su alma. Sus pensamientos, sus intereses y sus motivos serían extraños a aquellos que impulsan a los santos moradores del cielo. Sería como una nota discordante en la armonía celestial. El cielo sería para él un lugar de tortura; ansiaría esconderse de Aquel que es su luz y el centro de su gozo. No es un decreto arbitrario de Dios el que excluye del cielo a los impíos: ellos mismos se cierran el paso por su ineptitud para el compañerismo celestial. La gloria de Dios sería para ellos un fuego consumidor. Anhelarían ser destruidos para poder esconderse del rostro de Aquel que murió para redimirlos.

Es imposible, con nuestras propias fuerzas, librarnos del abismo del pecado en el cual estamos sumidos. Nuestros corazones son malos y no podemos cambiarlos. “¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie” (Job 14:4). “Los designios de la carne son

enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7). La educación, la

Es imposible, con nuestras propias fuerzas, librarnos del abismo del pecado en el cual estamos sumidos.

cultura, el ejercicio de la voluntad, el esfuerzo humano, todos tienen su propia esfera, pero aquí no tienen poder. Estas cosas pueden producir un cambio exterior en la conducta, pero no pueden cambiar el corazón, no pueden purificar los manantiales de la vida. Debe haber un poder que obre desde adentro, una nueva vida de lo alto, antes que el hombre pueda convertirse del pecado a la santidad. Ese poder es Cristo. Únicamente su gracia puede vivificar las facultades muertas del alma, y atraer esta a Dios, a la santidad.

El Salvador dijo: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo," a menos que reciba un nuevo corazón, nuevos deseos, propósitos y motivos que lo guíen a una nueva vida, "no puede ver el reino de Dios" (Juan 3:3). La idea de que únicamente es necesario desarrollar lo bueno que por naturaleza existe en el hombre, es un engaño fatal. "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se discernen espiritualmente" (1 Corintios 2:14). "No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo" (Juan 3:7). Está escrito acerca de Cristo: "En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres" (Juan 1:4), el único "nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12).

No basta comprender la amorosa bondad de Dios, ver la benevolencia y la ternura paternal de su carácter. No es suficiente poder discernir la sabiduría y la justicia de su ley ni ver que está fundada sobre el eterno principio del amor. El apóstol Pablo vio todo esto cuando exclamó: "Apruebo que la ley es buena. La ley a la verdad es santa, y el man-



damiento santo, justo y bueno." Pero, en la amargura de su alma agonizante y desesperada añadió: "Mas yo soy carnal, vendido al pecado" (Romanos 7:16, 12, 14). Él ansiaba la pureza y la justicia que por sí mismo no podía alcanzar, y exclamó: "Miserable hombre de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Romanos 7:24). Este es el clamor que ha subido de los corazones cargados en todas partes y en todas las edades. Para todos hay sólo una respuesta: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29).

Muchas son las figuras por las cuales el Espíritu de Dios ha procurado ilustrar esta verdad y hacerla clara para las almas que desean verse libres de la carga de culpabilidad. Cuando Jacob huyó de la casa de su padre después de haber pecado engañando a Esaú, estaba abrumado por el peso de su culpa. Solo y abandonado, separado de todo lo que le había hecho agradable la vida, el pensamiento que más perturbaba su alma era el miedo de que su pecado le hubiera separado de Dios, de que hubiese sido abandonado por el cielo. Agobiado por su tristeza se acostó a descansar sobre la tierra desnuda, teniendo alrededor sólo las colinas solitarias y arriba, un cielo tachonado de estrellas. Mientras dormía, una luz extraña embargó su visión y he aquí que de la llanura en que estaba acostado, una amplia escalera etérea parecía conducir hasta lo alto, hasta los mismos portales del cielo. Por ella subían y bajaban los ángeles de Dios mientras que desde la gloria de las alturas la voz divina era escuchada en un mensaje de esperanza y consuelo. Así se le dio a cono-

cer a Jacob lo que satisfizo la necesidad y el anhelo de su alma: un Salvador. Con gozo y gratitud en su corazón vio revelado el camino por el cual él, un pecador, podía volver a la comunión con Dios. La escalera mística de su sueño representaba a Jesús, el único medio de comunicación entre Dios y el hombre.

Esta es la misma figura a la cual se refería Cristo en su conversación con Natanael cuando dijo: "... veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre" (Juan 1:51). Al caer en pecado, el hombre se enemistó con Dios y la tierra fue separada del cielo. No podía haber comunicación entre el cielo y la tierra a través del abismo que los separaba. Pero mediante Cristo, la tierra ha sido unida de nuevo con el cielo. Con sus propios méritos, Cristo ha salvado el abismo que el pecado había hecho, de modo que los ángeles ministradores pueden sostener comunicación con el hombre. Cristo une al hombre caído, en su incapacidad y debilidad, con la Fuente del poder Infinito.

Vanos resultan los sueños progresistas del hombre, vanos son también todos los esfuerzos por elevar a la humanidad si menosprecian la única fuente de esperanza y socorro para la raza caída.

Vanos resultan los sueños progresistas del hombre, vanos son también todos los esfuerzos por elevar a la humanidad si menosprecian la única fuente de esperanza y socorro para la raza caída. "Toda buena dádiva y todo don perfecto" (Santiago 1:17) es de Dios. No hay verdadera excelencia de

carácter fuera de Él. Y el único camino hacia Dios es Cristo. Él dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (Juan 14:6).

El corazón de Dios suspira por sus hijos terrenales con un amor más fuerte que la muerte. Al dar a su Hijo, nos ha vertido todo el cielo en un don. La vida, la muerte y la intercesión del Salvador, el ministerio de los ángeles, las súplicas del Espíritu, el Padre que obra sobre todo y por todo, el interés incesante de los seres celestiales, todos están empeñados en la redención del hombre.

Al dar a su Hijo, nos ha vertido todo el cielo en un don.

¡Oh, contemplemos el asombroso sacrificio que ha sido realizado en favor nuestro! Procuremos apreciar la energía y el trabajo que el cielo está realizando para rescatar a los perdidos, trayéndolos de vuelta a la casa del Padre. Jamás podrían haberse puesto en acción motivos más fuertes ni agentes más poderosos; ¿Acaso los grandiosos galardones obtenidos por el bien hacer, el goce del cielo, la compañía de los ángeles, la comunión y el amor de Dios y de su Hijo, la elevación y acrecentamiento de todas nuestras facultades a través de las edades eternas no son grandes incentivos y poderosos estímulos que deben instarnos a dar a nuestro Creador y Redentor el amante servicio de nuestro corazón?



Por otra parte, los juicios que Dios ha pronunciado en contra del pecado, la retribución inevitable, la degradación de nuestro carácter y la destrucción final, se presentan

en la Palabra de Dios para amonestarnos contra el servicio de Satanás.

¿No tomaremos en cuenta la misericordia de Dios? ¿Qué más podía Él hacer? Pongámonos en la relación correcta con aquel que nos ha amado con amor asombroso. Aprovechemos los medios que nos han sido provistos para que podamos ser transformados a su semejanza y restituidos a la comunión de los ángeles ministradores, a la armonía y comunión con el Padre y el Hijo.



EL ARREPENTIMIENTO

¿Cómo se justificará el hombre con Dios? ¿Cómo se hará justo el pecador? Es sólo por intermedio de Cristo como podemos ser puestos en armonía con Dios y con la santidad; pero ¿cómo podemos ir a Cristo? Muchos formulan la misma pregunta que hacían las multitudes en el día de Pentecostés, cuando, convencidas de su pecado, clamaban: “¿Qué haremos?” La primera palabra de la respuesta de Pedro fue: “Arrepentíos” (Hechos 2:38). Poco después, en otra ocasión, él les volvió a decir: “Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3:19).

El arrepentimiento comprende dolor por el pecado y abandono del mismo. No renunciaremos al pecado a menos que veamos su pecaminosidad; mientras no nos apartemos de él de todo corazón, no habrá un cambio genuino en nuestras vidas.

Hay muchos que no entienden la verdadera naturaleza del arrepentimiento. Muchas personas se entristecen por sus pe-

No renunciaremos al pecado a menos que veamos su pecaminosidad; mientras no nos apartemos de él de todo corazón, no habrá un cambio genuino en nuestras vidas.

cados y aun efectúan un cambio exterior, porque temen que sus faltas les acarreen sufrimientos. Pero esto no es arrepentimiento en el sentido bíblico. Ellos lamentan el sufrimiento en vez del pecado. Tal era el dolor de Esaú al darse cuenta que había perdido la primogenitura para siempre. Balaam, aterrorizado al ver al ángel en su camino con la espada desenvainada en la mano, reconoció su culpabilidad por temor a perder la vida; pero no había en él arrepentimiento genuino, no hubo un cambio en sus propósitos, no hubo aborrecimiento del mal. Judas Iscariote, después de traicionar a su Maestro, exclamó: "Yo he pecado entregando sangre inocente" (Mateo 27:4).

Esta confesión fue arrancada de su alma culpable por un horrible sentimiento de condenación y por una espantosa visión de juicio. Las consecuencias que vendrían sobre él le llenaban de terror, pero en su alma no había un profundo y doloroso quebrantamiento de corazón por haber traicionado al inmaculado Hijo de Dios y negado al Santo de Israel. Faraón, sufriendo bajo los juicios de Dios, reconocía su pecado a fin de poder librarse de mayores castigos, pero retomaba su actitud desafiante contra el cielo tan pronto como las plagas eran detenidas. Todos estos se lamentaban por los resultados del pecado, pero no sentían verdadero pesar por el pecado mismo.



Pero cuando el corazón se somete a la influencia del Espíritu de Dios, la conciencia se despierta y el pecador discierne algo de la santidad y de la profundidad de la ley de Dios, el fundamento de su gobierno en

el cielo y en la tierra. “Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo” (Juan 1:9); ilumina las cámaras secretas del alma y lo oculto de las tinieblas es hecho manifiesto. La convicción se apodera de la mente y del corazón. El pecador percibe la justicia de Jehová y siente un terror inmenso de aparecer ante el que escudriña los corazones con su culpa y su suciedad. Ve el amor de Dios, la belleza de la santidad, el gozo de la pureza y ansía ser limpiado y restituido a la comunión del cielo.

La oración de David después de su pecado, ilustra la naturaleza del verdadero dolor por el pecado. Su arrepentimiento fue profundo y sincero. No hizo esfuerzo alguno para atenuar su culpa; su oración no fue inspirada por el deseo de escapar de la amenaza de juicio.” David vio claramente la enormidad de su transgresión; el vio el envilecimiento de su alma y aborreció su pecado. David no oró pidiendo sólo el perdón, sino también pureza de corazón. Él ansiaba el gozo de la santidad, volver a establecer la armonía y la comunión con Dios. Este era el lenguaje de su alma:

“Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, Y en cuyo espíritu no hay engaño” (Salmos 32:1-2).

“Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; Conforme a la multitud de tus piedades, borra mis

David vio claramente la enormidad de su transgresión; el vio el envilecimiento de su alma y aborreció su pecado.

rebeliones. Porque yo reconozco mis rebeliones, Y mi pecado está siempre delante de mí... Purifícame con hisopo, y seré limpio; Lávame, y seré más blanco que la nieve... Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, Y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me echés de delante de ti, Y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, Y espíritu noble me sustente... Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salvación; Cantará mi lengua tu justicia" (Salmos 51:1-14).

Un arrepentimiento como este, está más allá del alcance de nuestras posibilidades; solo se obtiene de Cristo, quien ascendió a lo alto y dio dones a los hombres.

Es justamente este punto en el que muchos yerran y por lo cual no alcanzan a recibir la ayuda que Cristo desea darles. Ellos piensan que no pueden venir a Cristo a menos que se arrepientan y que su arrepentimiento los prepara para el perdón de sus pecados. Es cierto que tiene que haber arrepentimiento antes que haya perdón, porque es sólo el corazón contrito y quebrantado el que siente la necesidad de un Salvador. Pero ¿debe el pecador esperar hasta haberse arrepentido antes de venir a Jesús? ¿Ha de hacerse del arrepentimiento un obstáculo entre el pecador y el Salvador?

*La virtud
que emana
de Cristo es
lo que lleva
al arre-penti-
miento.*

La Biblia no enseña que el pecador tiene que arrepentirse antes de escuchar la invitación de Cristo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mateo 11:28). La virtud que emana de Cristo es lo que lleva al



arrepentimiento. Pedro aclaró el asunto al dirigirse a los israelitas diciéndoles: “A este, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados” (Hechos 5:31). No podemos arrepentirnos sin que el Espíritu de Cristo despierte nuestra conciencia así como tampoco podemos ser perdonados sin Cristo.

Cristo es la fuente de cada impulso correcto. Él es el único que puede poner en el corazón enemistad con el pecado. Todo deseo de conocer la verdad y de tener mayor pureza, toda convicción de nuestra pecaminosidad, es una evidencia de que el Espíritu de Cristo está trabajando en nuestros corazones.

Jesús dijo: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12:32). Cristo tiene que ser presentado a los pecadores como el Salvador que murió por los pecados del mundo y en la medida en que contemplamos al Cordero de Dios en la cruz del Calvario, el misterio de la redención comienza a revelarse a nuestra mente y la bondad de Dios nos guía al arrepentimiento. Al morir por los pecadores, Cristo manifestó un amor incomprensible y a medida que el pecador contempla este amor, se le enternece el corazón, le impresiona la mente e inspira la contrición en el alma.

Es cierto que a veces los hombres se avergüenzan de sus caminos pecaminosos y dejan algunos de sus hábitos malos antes de darse cuenta que están siendo atraídos hacia Cristo. Pero siempre que hacen un esfuerzo para reformar sus

vidas con un sincero deseo de hacer lo bueno, es el poder de Cristo el que los está atrayendo. Una influencia, de la que no están concientes, trabaja en sus almas y la conciencia despierta y se enmienda la vida exterior. Y mientras Cristo los atrae para que puedan mirar su cruz y contemplar a Aquél que fue traspasado por sus pecados, el mandamiento se graba en la conciencia. La maldad de sus vidas, el pecado arraigado en el alma, les son revelados. Comienzan a comprender algo de la justicia de Cristo, y exclaman: "¿Qué es el pecado para que requiera un sacrificio tal para la redención de su víctima? ¿Se requería todo este amor, toda esta humillación y todo este sufrimiento para que no penciéramos sino que tuviéramos vida eterna?"

*La misma
inteligencia
divina que
trabaja en la
naturaleza
habla
al corazón
de los
hombres, y
crea en ellos
un deseo
indescrip-
tible por
algo que no
tienen.*

El pecador puede resistir este amor, puede rechazar ser atraído a Cristo, pero si no se resiste, será llevado a Jesús; el conocimiento del plan de salvación lo conducirá a los pies de la cruz arrepentido de sus pecados que han causado los sufrimientos del amado Hijo de Dios.

La misma inteligencia divina que trabaja en la naturaleza habla al corazón de los hombres, y crea en ellos un deseo indescríp- tible por algo que no tienen. Las cosas mundanales no pueden satisfacer sus deseos. El Espíritu de Dios está rogándoles constantemente que busquen lo único que puede dar paz y descanso, la gracia de Cristo, el gozo de la santidad. Por medio de influencias vi-

sibles e invisibles, nuestro Salvador trabaja constantemente sobre la mente de los hombres para que, en vez de ir tras los placeres vanos del pecado, estos busquen las infinitas bendiciones que solo Él puede dar. A todas estas almas que tratan vanamente de beber de las cisternas rotas del mundo, se les dirige el mensaje divino: "El que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente" (Apocalipsis 22:17).

Vosotros, en cuyo corazón está el anhelo por algo mejor que cuanto el mundo puede dar, reconoced en este deseo la voz de Dios que habla a vuestra alma. Pida que le dé arrepentimiento, que le revele a Cristo en su amor infinito y en su perfecta pureza. El amor a Dios y al hombre, los principios de la ley de Dios, fueron perfectamente ejemplificados en la vida del Salvador. La benevolencia y el amor desinteresado eran la vida de su alma. Contemplándolo podemos ver la pecaminosidad de nuestro propio corazón y recibir su luz sobre nosotros.

Puede ser que como Nicodemo, nos hayamos lisonjeado a nosotros mismos pensando que nuestra vida ha sido recta, que nuestro carácter moral es correcto y que no necesitamos humillar nuestro corazón ante Dios como un pecador común; pero cuando la luz de Cristo brille en nuestras almas, veremos cuán impuros somos; discerniremos el egoísmo de nuestros motivos, nuestra enemistad con Dios, que ha manchado cada acto de nuestra vida. Entonces entenderemos que nuestra justicia es como trapo de inmundicia y que sólo la sangre



de Cristo puede limpiarnos de la suciedad del pecado y renovar nuestro corazón a su semejanza.

Un solo rayo de la gloria de Dios, un destello de la pureza de Cristo que penetre el alma hace dolorosamente

Los actos de deslealtad del pecador al no cumplir con la ley de Dios están expuestos a su vista y su espíritu se aflige por la influencia escrutadora del Espíritu de Dios.

visible cada mancha de pecado y descubre la deformidad y los defectos del carácter humano. Pone de manifiesto cada deseo no santificado, la infidelidad del corazón y la impureza de labios. Los actos de deslealtad del pecador al no cumplir con la ley de Dios están expuestos a su vista y su espíritu se aflige por la influencia escrutadora del Espíritu de Dios. El pecador se aborrece a sí mismo al ver la pureza del carácter inmaculado de Cristo.

Cuando el profeta Daniel vio la gloria del mensajero celestial que le había sido enviado, fue sobrecogido por el reconocimiento de su propia debilidad e imperfección. Al describir el efecto que tuvo esta maravillosa escena sobre él dice: "...no quedó fuerza en

mí, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno" (Daniel 10:8). El alma que es impresionada de este modo, odiará su egoísmo, aborrecerá su amor propio y mediante la justicia de Cristo, buscará la pureza de corazón que está en armonía con la ley de Dios y con el carácter de Cristo.

Pablo dice que "en cuanto a la justicia que es en la ley," en lo que a los hechos externos se refiere, él era "irreprensi-

ble" (Filipenses 3:6); pero cuando pudo discernir el carácter espiritual de la ley, se vio a sí mismo como un pecador. Juzgado por la letra de la ley, según la aplicación humana a la vida externa, Pablo se había abstenido del pecado, pero cuando Él vio la profundidad de los preceptos divinos y se vio a sí mismo como Dios lo veía, tuvo que humillarse y doblar sus rodillas y confesar su culpabilidad. Dice Pablo: "Yo, sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí" (Romanos 7:9). Cuando vio la naturaleza espiritual de la ley, el pecado apareció en su horrible naturaleza verdadera y su estimación propia se desvaneció.

Dios no considera todos los pecados como de igual magnitud; hay grados de culpabilidad a la vista de Dios así como a la de los hombres; pero no importa cuán insignificante pueda parecer a los ojos de los hombres este o aquel mal acto, no hay pecado pequeño ante la vista de Dios. El juicio del hombre es parcial e imperfecto; pero Dios considera las cosas como son realmente. El borracho es despreciado y se le dice que su pecado le excluirá del cielo, mientras que, muy a menudo, el orgullo, el egoísmo y la codicia pasan sin reprensión. Sin embargo, estos pecados son espe-

cialmente ofensivos a Dios, por ser contrarios a la benevolencia de su carácter, opuestos a ese amor abnegado que reina en la atmósfera del universo sin pecado. El que cae en uno de los pecados más grandes puede sentirse avergonzado y sentir la necesidad de la gracia de Cristo, pero el orgulloso no siente necesidad y así cie-



rra el corazón a la influencia de Cristo y a las bendiciones infinitas que Él puede dar.

El pobre publicano que oró: “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lucas 18:13), se consideraba a sí mismo como un hombre muy malvado y otros le miraban de igual modo; pero sentía su necesidad y con su carga de culpabilidad y de vergüenza vino ante Dios implorando su gracia. Su corazón estaba abierto al Espíritu de Dios para que este hiciese el trabajo de la gracia en él y le libertara del poder del pecado. La oración del fariseo, arrogante, llena de justicia propia, mostraba su corazón cerrado a la influencia del Espíritu Santo. Por causa de su separación de Dios, el fariseo no

*Si percibís
vuestra
pecaminosidad no
esperéis
hasta que
seáis regenerados.*

comprendía su propia suciedad e imperfección que contrastaba con la perfección de la santidad divina. No sentía necesidad alguna y por lo tanto, no recibió nada.

Si percibís vuestra pecaminosidad no esperéis hasta que seáis regenerados. ¿Cuántos hay que creen que no son lo suficientemente buenos para venir a Cristo? ¿Esperáis haceros mejores por vuestros propios esfuerzos? “¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando acostumbrados a hacer mal?” (Jeremías 13:23). Sólo en Dios hay ayuda para nosotros. No podemos esperar persuasiones más fuertes ni mejores oportunidades ni temperamentos más santificados. No podemos hacer nada por nosotros mismos. Tenemos que venir a Cristo tal como somos.



Pero nadie se engañe a sí mismo con el pensamiento de que Dios, en su gran amor y misericordia, salvará aun a los que desprecien su gracia. La excesiva corrupción del pecado sólo puede estimarse a la luz de la cruz. Cuando los hombres arguyen que Dios es demasiado bueno para echar fuera al pecador, muéstreseles el Calvario. Porque no había otro modo de salvar al hombre, porque sin este sacrificio era imposible que la raza humana se escapara del poder envilecedor del pecado y volviera a la comunión con los seres santos, le era imposible volver a ser partícipe de la vida espiritual, fue por esta causa que Cristo tomó sobre sí la culpabilidad del desobediente y sufrió en lugar del pecador. El amor, el sufrimiento, la muerte del Hijo de Dios, todo testifica de la terrible enormidad del pecado y declara que no hay forma de escapar de su poder, que no hay esperanza de una vida más elevada sino mediante la sumisión del alma a Cristo.

Los impenitentes a veces se excusan diciendo acerca de los profesos cristianos: "Yo soy tan bueno como ellos. Ellos no son más abnegados, sobrios ni prudentes en su conducta, que yo. Ellos aman el placer y la indulgencia propia tanto como yo." Así hacen de las faltas de otros una excusa para la negligencia de su deber. Pero los pecados y los errores de otros no excusan a nadie, porque el Señor no nos ha dado un imperfecto modelo humano. El inmaculado Hijo de Dios nos ha sido dado como ejemplo y aquellos que se quejan de la vida errada de los profesos cristianos son los

que debieran mostrar ejemplos más nobles y vidas mejores. Si ellos tienen un concepto tan elevado de lo que debiera ser un cristiano; ¿No es su pecado tanto mayor al no vivir según lo que saben? Conocen lo que es recto y justo y sin embargo, rehúsan hacerlo.

Cuidado con la dilación. No posterguéis la obra de abandonar vuestros pecados y procurar la pureza de corazón por medio de Jesús. Es aquí donde millares han errado, para su ruina eterna. No quiero detenerme en la brevedad ni la inseguridad de la vida, pero hay un peligro terrible, un peli-

*Pero este
asunto
diminuto era
la trasgresión
de la santa
e inmutable
ley de Dios
y esto separó
al hombre
de Dios y
abrió las
compuertas
de la muerte
y del dolor
indecible
sobre nuestro
mundo.*

gro que no se entiende suficientemente bien, en demorar la entrega a la suplicante voz del Espíritu Santo de Dios; en escoger vivir para el pecado, porque esta dilación es eso, vivir para el pecado. No importa cuán pequeño nos parezca el pecado, no puede ser acariiciado sin el peligro de una pérdida infinita. Lo que nosotros no vencamos, nos vencerá a nosotros y determinará nuestra destrucción.

Adán y Eva se persuadieron a sí mismos que de un asunto tan pequeño como comer del fruto prohibido no podrían resultar consecuencias tan terribles como las que había predicho Dios. Pero este asunto diminuto era la trasgresión de la santa e inmutable ley de Dios y esto separó al hombre de Dios y abrió las compuertas de la muerte y del dolor indecible sobre nuestro mundo. Siglo tras siglo ha subido un continuo

clamor de dolor y toda la creación gime bajo la fatiga y el dolor como consecuencia de la desobediencia del hombre. El mismo cielo ha sentido los efectos de la rebelión del hombre contra Dios. El Calvario se levanta como un memorial del admirable sacrificio requerido para expiar la transgresión de la ley divina. No consideremos el pecado como cosa trivial.



Cada acto de transgresión, cada descuido o rechazo de la gracia de Cristo tendrá su reacción sobre vosotros; endurece el corazón, deprava la voluntad, entorpece el entendimiento y no solo os hace menos inclinados a ceder, sino que os hace menos capaces de rendiros a la tierna invitación del Espíritu Santo de Dios.

Muchos están tranquilizando una conciencia perturbada pensando que pueden cambiar su curso de maldad cuando quieran que pueden jugar con las invitaciones de la gracia y sin embargo seguir siendo llamados. Piensan que después de menospreciar el Espíritu de gracia, que después de poner su influencia del lado de Satanás, en un momento de extrema necesidad pueden cambiar su curso. Pero esto no se consigue hacer tan fácilmente. La experiencia y la educación de toda una vida habrán moldeado tan completamente el carácter que pocos desearán entonces recibir la imagen de Jesús en sus vidas.

Un solo rasgo de carácter, un deseo pecaminoso acariciado persistentemente, con el tiempo neutralizará el poder del Evangelio. Cada indulgencia pecaminosa fortalece la aversión del alma hacia Dios. El hombre que mani-

fiesta una dureza infiel o una indiferencia impasible ante la verdad divina está segando el fruto de lo que él mismo ha sembrado. No hay en toda la Biblia una amonestación más terrible para el que juega con el mal que las palabras del sabio, cuando dice: "Prenderán al impío sus propias iniquidades, y será retenido con las cuerdas de su pecado" (Proverbios 5:22).

Cristo está listo para librarnos del pecado, pero no fuerza la voluntad y si a causa de la continua y persistente transgresión la misma voluntad se halla inclinada hacia el mal y si no deseamos ser puestos en libertad y no queremos aceptar su gracia ¿qué más puede Él hacer? Nos hemos destruido a nosotros mismos por nuestra determinación de rechazar su amor. "He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación" (2 Corintios 6:2). "Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones" (Hebreos 3:7-8; Salmos 95:7-8).

"El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón" (1 Samuel 16:7). Jehová mira el corazón humano con sus emociones encontradas de gozo y tristeza, el corazón caprichoso y alejado de lo recto, donde mora tanto engaño e impureza. El conoce sus motivos y hasta los mismos propósitos e intenciones que lo impulsan. Id a Él con vuestra alma manchada como está. Como el salmista abría las mas recónditas recámaras ante los ojos que todo lo ven, exclamando: "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame, y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno" (Salmos 139:23-24).

Muchos aceptan una religión intelectual, una forma de santidad, sin que el corazón esté limpio. Sea vuestra oración: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí" (Salmos 51:10). Sed leales con vuestra propia alma. Sed tan sinceros, tan persistentes, como si vuestra vida presente, mortal, estuviese en la balanza. Este es un asunto que debe arreglarse entre Dios y vuestra alma, es un asunto que ha de arreglarse para la eternidad. Una esperanza supuesta, sin nada más, resultará en vuestra ruina eterna.

Sea vuestra oración: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí" (Salmos 51:10).

Estudad la Palabra de Dios con oración. Esa Palabra os presentará, en la ley de Dios y en la vida de Cristo, los grandes principios de la santidad, sin los cuales "nadie verá al Señor" (Hebreos 12:14). Ella convence de pecado y revela plenamente el camino de la salvación. Prestadle atención, como la voz de Dios hablando a vuestra alma.

Cuando veáis la enormidad del pecado, cuando os veáis tal como sois, no os dejéis vencer por la desesperación. Cristo vino a salvar pecadores. No tenemos que reconciliar a Dios con nosotros, sino que, ¡oh amor maravilloso! Dios está en Cristo "reconciliando consigo al mundo" (2 Corintios 5:19). Él está atrayendo los corazones de sus hijos que han errado con su tierno amor. Ningún padre puede ser tan paciente con las faltas de sus hijos como es Dios con aquellos a los cuales



procura salvar. Nadie podría suplicar tan tiernamente, tan amorosamente al transgresor. Nunca labios humanos pronunciaron invitaciones más tiernas al extraviado que las pronunciadas por Él. Todas sus promesas y sus amonestaciones son el fruto de su amor indecible.

Cuando venga Satanás a decirte que eres un pecador, mira a tu Redentor y habla de sus méritos. Mirando su luz puedes recibir ayuda. Reconoce tu pecado, pero di al enemigo que "Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores" (1 Timoteo 1:15), y que puedes ser salvo por medio de su amor inigualable. Jesús le hizo una pregunta a Simón, concerniente a dos deudores. Uno debía a su señor una suma pequeña y el otro debía una suma muy grande. Pero el señor los perdonó a los dos y Cristo le preguntó a Simón cuál de los dos amaría más a su señor. Simón contestó: "...aquél a quien perdonó más" (Lucas 7:43). Nosotros hemos sido grandes pecadores, pero Cristo murió para que pudiésemos ser perdonados. Los méritos de su sacrificio son suficientes para presentarse ante el Padre en lugar nuestro. Aquellos a los cuales Él ha perdonado más, le amarán más, y estarán más cerca de su trono para alabarle por su gran amor y por su sacrificio infinito. Cuanto más plenamente comprendemos el amor de Dios, mejor comprenderemos la pecaminosidad del pecado.

Cuando vemos cuán larga es la cadena que ha sido bajada para rescatarnos, cuando entendemos algo del sacrificio infinito que Cristo hizo por nosotros, entonces nuestro corazón se derrite de ternura y contrición.



LA CONFESIÓN

El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia” (Proverbios 28:13).

Las condiciones que pone Dios para que alcancemos su misericordia son sencillas, justas y razonables. El Señor no nos pide que hagamos grandes sacrificios para obtener el perdón de nuestros pecados. No necesitamos hacer largas y penosas peregrinaciones, ni hacer penitencias dolorosas para encomendar nuestra alma al Dios del cielo o para expiar nuestra transgresión, pero el que confiesa y se aparta de sus pecados alcanzará misericordia.

El apóstol dice: “Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados” (Santiago 5:16). Confesad vuestros pecados a Dios, el único que puede perdonarlos y las ofensas unos a otros. Si has ofendido a tu amigo, a tu hermano, o vecino, debes reconocer tu falta, y es deber del ofendido perdonarlo libremente. Entonces debes pedir perdón a Dios, porque aquel a quien has herido pertenece a Dios y al herirlo, has pecado contra su Creador y Redentor. El caso se trae ante el único verdadero mediador, nuestro gran Sumo Sacerdote, quien “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” y que “puede compadecerse de nuestras debilidades...”

(Hebreos 4:15), y puede limpiarnos de toda mancha de iniquidad.

Aquellos que no han humillado su alma delante de Dios en reconocimiento de su culpa, no han cumplido aún el primer requisito para ser aceptados. Si no hemos experimentado ese arrepentimiento del cual no nos arrepentiremos y si no hemos confesado nuestros pecados con una verdadera humildad de alma y con un espíritu verdaderamente quebrantado, aborreciendo nuestra iniquidad, no hemos buscado realmente el perdón de nuestros pecados; y si nunca lo hemos buscado, nunca habremos hallado la paz de Dios. La única razón por la cual no tenemos la remisión de los pecados es que no queremos humillar nuestro corazón y cumplir las condiciones de la Palabra de verdad. Se nos da instrucción explícita concerniente a este asunto.

*La confesión
que se
desborda
desde lo más
profundo del
alma halla
su camino
al Dios de
infinita
piedad.*

La confesión de los pecados, ya sea pública o privada, debe ser de corazón y voluntaria. No puede forzarse al pecador a arrepentirse. La confesión no debe ser descuidada y extravagante, ni debe exigirse de aquellos que no tienen un amplio sentido de lo que es aborrecer el pecado. La confesión que se desborda desde lo más profundo del alma halla su camino al Dios de infinita piedad. El salmista dice: "Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu" (Salmos 34:18).

La verdadera confesión es siempre de un carácter específico y reconoce pecados específicos. Estos pueden ser de

tal naturaleza que solamente pueden presentarse delante de Dios; pueden ser faltas hechas a individuos, los cuales han sufrido alguna herida por causa de ellos; o pueden ser de carácter público y deben ser entonces confesados públicamente. Toda confesión debe ser definida y al punto, reconociendo de forma específica los pecados de los que seáis culpables.

En los días de Samuel, los israelitas se apartaron de Dios. Estaban sufriendo las consecuencias del pecado; porque habían perdido su fe en Dios, el discernimiento de su poder y sabiduría para gobernar la nación y su fe en la habilidad de Dios de defender su causa. Se apartaron del gran Gobernador del universo y decidieron gobernarse como lo hacían los países circunvecinos. Antes de hallar paz, hicieron esta definida confesión: "...a todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir rey para nosotros" (1 Samuel 12:19). El pecado específico del cual estaban convictos debía confesarse. Su ingratitud oprimía sus almas y los separaba de Dios.

La confesión no es aceptable para Dios sin un sincero arrepentimiento y una reforma. Debe haber cambios decididos en la vida; todo lo que sea ofensivo a Dios tiene que ser puesto a un lado. Tal será el resultado de un genuino



pesar por el pecado. El trabajo que tenemos que hacer por parte nuestra se nos muestra claramente: "Lavaos y limpios; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; bus-



cad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda” (Isaías 1:16-17). “...Si el impío restituyere la prenda, devolviere lo que hubiere robado, y caminare en los estatutos de la vida, no haciendo iniquidad, vivirá ciertamente y no morirá” (Ezequiel 33:15). “...Esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¡qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto” (2 Corintios 7:11).

Cuando el pecado ha debilitado las percepciones morales, el malhechor no discierne los defectos de su carácter, ni se da cuenta de la enormidad del mal que ha cometido; y a menos que ceda al poder convincente del Espíritu Santo permanecerá parcialmente ciego con relación a su pecado. Sus confesiones no son sinceras ni fervorosas. A cada reconocimiento de su culpabilidad añade una excusa para no tomar sobre sí la responsabilidad de lo que hace, declarando que si no hubiera sido por causa de ciertas circunstancias, él no hubiera hecho esto o aquello, por lo cual es reprobado.

Después que Adán y Eva comieron del fruto prohibido, los embargó un sentimiento de terror y vergüenza. Al principio, su único pensamiento era cómo excusar su pecado y escaparse de la terrible sentencia de muerte. Cuando el Señor inquirió acerca de su pecado, Adán respondió echando la culpa en parte a Dios y en parte a su compañera: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y yo

comí.” La mujer le echó la culpa a la serpiente, diciendo: “La serpiente me engañó, y yo comí” (Génesis 3:12-13). ¿Por qué hiciste la serpiente? ¿Por qué permitiste que entrara en el Edén? Estas preguntas estaban implícitas en la excusa de la mujer por su pecado, inculcando así a Dios con la responsabilidad de su caída. El Espíritu de justificación propia se originó en el padre de la mentira y ha sido exhibido por todos los hijos e hijas de Adán. Las confesiones de esta clase no son inspiradas por el Espíritu divino y no serán aceptables ante Dios. Un verdadero arrepentimiento inducirá al hombre a aceptar su culpabilidad y a reconocerla sin engaño ni hipocresía. Como el pobre publicano, que no osaba ni aun alzar sus ojos al cielo, clamará: “Dios, ten misericordia de mí, pecador,” y los que así reconozcan su culpa serán justificados; porque Jesús presentará su sangre en favor del alma arrepentida.

Los ejemplos de genuino arrepentimiento y de humillación que hallamos en la Palabra de Dios revelan un espíritu de confesión en el cual no hay excusa por el pecado, ni intento de justificación propia. Pablo no procuró encubrirse a sí mismo; él pinta su pecado con los tonos más oscuros, sin atenuar su culpa. Él dice: “Yo encerré en cárceles a muchos de los santos, habiendo recibido poderes de los principales sacerdotes; y cuando los mataron yo di mi voto. Y muchas veces, castigándolos en todas las sinagogas, los forcé a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí

El Espíritu de justificación propia se originó en el padre de la mentira y ha sido exhibido por todos los hijos e hijas de Adán.

hasta en las ciudades extranjeras” (Hechos 26:10-11). Él no vacila al decir que: “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Timoteo 1:15).

El corazón humilde y quebrantado, subyugado por el verdadero arrepentimiento, apreciará algo del amor de Dios y de lo que ha costado el Calvario; y como un hijo se confiesa a un padre amante, así el penitente traerá todos sus pecados delante de Dios. Y está escrito: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).



LA CONSEGRACIÓN

La promesa de Dios es: “Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo corazón” (Jeremías 29:13).

El corazón tiene que ser entregado del todo a Dios, o nunca se podrá efectuar en nosotros la transformación por la que seremos restaurados a su semejanza. Por naturaleza estamos enemistados con Dios. El Espíritu Santo describe nuestra condición con las siguientes palabras: “...Muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1); “toda cabeza está enferma y todo corazón doliente”; “no hay en él cosa sana” (Isaías 1:5-6). Estamos firmemente sujetos en las trampas de Satanás; “cautivos a voluntad de él” (2 Timoteo 2:26). Dios desea sanarnos y darnos libertad. Pero siendo que para esto se requiere una transformación completa, una renovación de toda nuestra naturaleza, debemos entregarnos a él por completo.

*Dios desea
sanarnos
y darnos
libertad.*

La guerra contra el “yo” es la batalla más grande que jamás se haya peleado. La entrega del “yo,” rindiendo todo a la voluntad de Dios, requiere una lucha; pero el alma tiene que someterse a Dios antes de ser renovada en santidad.

El gobierno de Dios no está fundado, como Satanás quiere hacerlo aparecer, sobre una sumisión ciega y un

control irrazonable. Él apela al intelecto y a la conciencia. “Venid luego, y estemos a cuenta” (Isaías 1:18), es la invitación del Creador a los seres que él ha creado. Dios no fuerza la voluntad de sus criaturas. No puede aceptar un homenaje que no se le rinda de forma inteligente y voluntaria. Una sumisión forzada impediría todo desarrollo de la mente y del carácter; haría del hombre un autómatas. Este no es el propósito del Creador. Él quiere que el hombre, que es la corona de su poder creador, alcance el más alto nivel posible de desarrollo. Pone delante de nosotros la gloriosa altura a la cual Él quiere que nosotros lleguemos mediante su gracia. Nos invita a entregarnos a Él, de modo que pueda hacer su voluntad en nosotros. Nos toca a nosotros decidir si queremos ser libres de la esclavitud del pecado, para compartir la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

Al entregarnos a Dios, tenemos necesariamente que abandonar todo lo que nos separe de Él. Por esto dijo el Salvador: “Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14:33). Todo lo que aleje el corazón de Dios debe ser abandonado. Mammon es el ídolo de muchos. El amor al dinero y el deseo de obtener riquezas es la cadena de oro que los une a Satanás. Otra clase adora la reputación y los honores del mundo. El ídolo de otros es la vida fácil y egoísta, libre de responsabilidad. Pero estas ataduras esclavizantes tienen que romperse. No podemos ser a



medias del Señor y a medias del mundo. No somos hijos de Dios a menos que lo seamos enteramente.

Hay quienes profesan servir a Dios al tiempo que confían en sus propios esfuerzos para obedecer su ley, formar un carácter recto y asegurarse la salvación. Sus corazones no son impulsados por un sentido profundo del amor de Cristo, sino que procuran cumplir con los deberes de la vida cristiana como algo que Dios exige de ellos a fin de ganar el cielo. Una religión tal no tiene ningún valor. Cuando Cristo mora en el corazón, el alma está tan llena de su amor y del gozo de su comunión que se apega a Él; y al contemplarle el “yo” será olvidado. El amor a Cristo será el resorte que impulse a la acción. Aquellos que sienten el amor constreñidor de Dios no preguntan cuánto es lo menos que tienen que hacer para cumplir con los requisitos de Dios; no preguntan por la norma más baja, sino que procuran alcanzar la perfecta conformidad con la voluntad de su Redentor. Con ferviente deseo lo entregan todo y manifiestan un interés proporcional al valor del objeto que procuran. Una profesión de Cristo sin tener este amor profundo es mera charla, árido formalismo, pesado y penoso trabajo.

¿Sentís que es un sacrificio demasiado grande entregarlo todo a Cristo? Hacedos esta pregunta: “¿Qué ha dado Cristo por mí?” El Hijo de Dios lo dio todo por nuestra redención: su vida, su amor y los sufrimientos. ¿Es posible que nosotros, los indignos ob-

*Con
ferviente
deseo lo
entregan
todo y
manifiestan
un interés
proporcional
al valor del
objeto que
procuran.*

jetos de tan grande amor, rehusemos rendirle nuestro corazón? Cada momento de nuestras vidas hemos participado de las bendiciones de su gracia, y por esta misma razón no nos damos completa cuenta de la profundidad de la ignorancia y de la miseria de la cual hemos sido salvados. ¿Podemos contemplar a Aquel que fue traspasado por nuestros pecados, y sin embargo, seguir menospreciando todo su amor y sacrificio? En vista de la humillación infinita del Señor de la gloria, ¿murmuraremos porque sólo podemos entrar en la vida a costa de conflictos y humillación propia?

Muchos corazones orgullosos preguntan: “¿Por qué necesito andar en penitencia y humillación antes de tener la seguridad de mi aceptación de parte de Dios?” Yo le señalo a Cristo. En él no había pecado alguno, y aun más, era el Príncipe del cielo; pero por causa del hombre se hizo pecado en favor de la raza. “...y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores” (Isaías 53:12).

*Dios no
requiere de
nosotros que
dejemos cosa
alguna que
al tenerla
redunde
en nuestro
provecho.*

Pero ¿qué es lo que entregamos cuando lo damos todo? Un corazón corrompido por el pecado, para que Jesús lo purifique, para que lo limpie con su propia sangre y lo salve con su amor incomparable. ¡Y sin embargo, los hombres consideran difícil renunciar a todo! Me avergüenza el oír decir esto, me da vergüenza escribirlo.

Dios no requiere de nosotros que dejemos cosa alguna que al tenerla redunde en nuestro provecho. En todo lo que Él hace,

tiene presente la felicidad de sus hijos. ¡Ojalá que todos los que no han escogido seguir a Cristo se dieran cuenta que Él tiene algo inmensamente mejor para ofrecerles que lo que ellos buscan por sí mismos! El hombre hace el mayor daño y la mayor injusticia a su propia alma cuando piensa y actúa en oposición a la voluntad de Dios. No puede haber gozo verdadero en los caminos prohibidos por Aquel que sabe qué es lo mejor y planifica para el bien de sus criaturas. El camino de la transgresión es el camino de la miseria y la destrucción.



Es un error acariciar el pensamiento de que Dios se complace al ver sufrir a sus hijos. Todo el cielo está interesado en la felicidad del hombre. Nuestro Padre celestial no cierra las avenidas del gozo a ninguna de sus criaturas. Los requerimientos divinos nos instan a rehuir aquellas indulgencias que nos acarrearían sufrimientos y desilusiones, que nos cerrarían las puertas de la felicidad y del cielo. El Redentor del mundo acepta a los hombres como son, con todas sus necesidades, imperfecciones y debilidades; y no sólo los limpiará y les dará redención con su sangre, sino que también satisfará los deseos de todos los que tomen su yugo y su carga. Es su propósito impartir paz y reposo a todos los que vengan a Él en busca del pan de vida. Él sólo pide de nosotros que hagamos aquello que guiará nuestros pasos a mayores alturas de bendición a donde los desobedientes nunca podrán llegar. La vida real y de verdadero gozo del alma es tener a Cristo, la esperanza de gloria, formado en ella.

Muchos se preguntan: “¿Cómo puedo entregarme a Dios?” Deseáis entregaros a él, pero sois débiles en fuerza moral, esclavos de la duda y estáis dominados por los hábitos de vuestra vida de pecado. Vuestras promesas y resoluciones son como cuerdas de arena. No podéis controlar vuestros pensamientos, impulsos y afectos. El conocimiento de vuestras promesas quebrantadas y de vuestras promesas incumplidas debilita vuestra confianza en vuestra propia sinceridad y hace que sintáis que Dios no os puede aceptar; pero no necesitáis desesperar. Lo que necesitáis comprender es el verdadero poder de la voluntad. Este es el poder gobernante en la naturaleza del hombre, el poder de decidir o escoger. Todo depende de la acción correcta de la voluntad. Dios ha dado a los hombres el poder de elegir, a ellos les corresponde ejercerlo. No podéis cambiar vuestro corazón, ni por vuestras propias fuerzas darle los afectos del corazón a Dios, pero podéis escoger servirle. Podéis darle vuestra voluntad; Él entonces producirá en vosotros así el querer como el hacer por su buena voluntad. Así toda vuestra naturaleza estará bajo la influencia del Espíritu de Cristo; vuestros afectos se centrarán en Él y vuestros pensamientos estarán en armonía con Él.

*Podéis darle
vuestra
voluntad.*

Los deseos de ser bondadosos y santos son correctos; pero si no se pasa del deseo, de nada os servirá. Muchos se perderán anhelando y deseando ser cristianos. No llegan al punto de ceder la voluntad a Dios. No eligen ser cristianos ahora.

Por medio del ejercicio correcto de la voluntad, puede efectuarse un cambio completo en vuestra vida. Mediante la entrega de vuestra voluntad a Cristo, os unís con el poder que está sobre todo principado y potestad. Tendréis fuerzas de lo alto que os mantendrán firmes y así, rindiéndoos constantemente a Dios seréis capacitados para vivir una vida nueva, una vida de fe.



FE Y ACEPTACIÓN

Al avivarse vuestra conciencia por el poder del Espíritu Santo, habéis visto algo de la perversidad del pecado, de su poder, su culpa, su dolor; y lo miráis con aborrecimiento. Sentís que el pecado os ha separado de Dios, que sois esclavos del poder del mal. Cuanto más lucháis por libraros, tanto más comprendéis vuestra impotencia. Vuestros motivos son impuros, vuestro corazón está sucio. Veis que vuestra vida está llena de egoísmo y de pecado.

Lo que necesitáis es paz, tener el perdón del cielo, paz y amor en el alma.

Anheláis ser perdonados, ser limpiados, ser puestos en libertad. ¿Qué podéis hacer para obtener la armonía con Dios, la semejanza a Él?

Lo que necesitáis es paz, tener el perdón del cielo, paz y amor en el alma. No se los puede comprar con dinero, la inteligencia no los puede obtener, la sabiduría no los puede alcanzar; nunca podréis conseguirlos con vuestros propios méritos ni esfuerzos. Pero Dios os los ofrece como un don, "sin dinero y sin precio" (Isaías 55:1). Podéis obtener esta paz con sólo extender vuestra mano y tomarla. El Señor dice: "Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueron rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (Isaías

1:18). “Os daré un corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros” (Ezequiel 36:26).

Habéis confesado vuestros pecados y os habéis apartado de ellos de todo corazón. Habéis resuelto entregaros a Dios. Ahora, id a Él y pedidle que os lave vuestros pecados, y que os dé un corazón nuevo. Luego, creed que lo hará porque lo ha prometido. Esta es la lección que Cristo enseñó cuando estaba en la tierra; debemos creer que recibimos la dádiva que Dios ha prometido y la recibiremos. Jesús curó a muchos de sus enfermedades cuando ellos tuvieron fe en su poder; les ayudó en las cosas que podían ver, para inspirarles confianza en Él tocante a las cosas que no podían ver, induciéndolos a creer en su poder para perdonar pecados. Jesús enseñó esto claramente en la

Jesús curó a muchos de sus enfermedades cuando ellos tuvieron fe en su poder.

curación del paralítico: “Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa” (Mateo 9:6). También Juan el evangelista dice, hablando del milagro de Cristo: “Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31).

Del sencillo relato bíblico de cómo Jesús sanaba a los enfermos, podemos aprender algo en cuanto a cómo creer en Él para recibir el perdón de nuestros pecados. Veamos la historia del paralítico de Betesda. El pobre doliente estaba incapacitado. No había usado sus extremidades por treinta y ocho años. Sin embargo, Jesús le dijo: “Levántate, toma tu

camilla y anda.” El enfermo podría haber dicho: “Señor, si tú me sanas, yo obedeceré tu palabra.” Pero él creyó las palabras de Cristo, creyó que había sido sanado, y al instante hizo el esfuerzo necesario; se decidió a caminar y caminó. Actuó confiado en la palabra de Cristo y Dios le dio poder. Fue sanado.

De igual manera también tú eres un pecador. No puedes expiar tus pecados pasados, no puedes cambiar tu corazón, ni hacerte santo por tu propio esfuerzo. Pero Dios promete hacer todo esto por ti a través de Cristo. Cree esa promesa. Confiesa tus pecados y entrégate a Dios. Decide servirle. Tan pronto como hagas esto, Dios cumplirá su promesa. Si crees la promesa, si crees que has sido perdonado y limpiado, Dios suplirá la realidad; serás sanado tan ciertamente como Cristo dio poder al paralítico para andar cuando el hombre creyó que había sido sanado. Esto será una realidad para ti si así lo crees.

*Si crees la
promesa,
si crees que
has sido
perdonado
y limpiado,
Dios suplirá
la realidad;
serás
sanado....*

No esperes sentir que has sido sanado, sino di: “Lo creo; estoy sano, no porque lo sienta, sino porque Dios lo ha prometido.”

Jesús dice: “Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis y os vendrá” (Marcos 11:24). Hay una condición para esta promesa: que oremos de acuerdo a la voluntad de Dios. Pero es la voluntad de Dios limpiarnos del pecado, hacernos sus hijos, y capacitarnos para vivir una vida santa. Así que podemos pedir estas ben-

diciones y creer que las recibiremos y agradecer a Dios porque las hemos recibido. Es privilegio nuestro ir ante Jesús para que nos limpie y estar delante de la ley sin vergüenza o remordimiento. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al espíritu” (Romanos 8:1).

Por lo tanto, ya no sois vuestros; porque comprado sois por precio. “...Fuisteis rescatados ... no con cosas corruptibles como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:18-19). Por el simple hecho de creer en Dios, el Espíritu Santo ha engendrado una nueva vida en nuestro corazón. Sois como un niño que ha nacido en la familia de Dios, y Él os ama como a su Hijo.

Ahora que ya os habéis entregado a Jesús, no volváis atrás, no os separéis de Él, sino decid cada día: “Yo soy de Cristo; me he entregado a Él.” Pedidle que os dé su Espíritu, y que os guarde con su gracia. Es de esta manera, creyendo y entregándoos a Él, como llegáis a ser hijos de Dios; así habéis de vivir en Él. El apóstol dice: “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en Él” (Colosenses 2:6).



Algunos parecen pensar que están siendo puestos a prueba y que tienen que demostrar al Señor que están reformados antes de pedir sus bendiciones.

Es de esta manera, creyendo y entregándoos a Él, como llegáis a ser hijos de Dios; así habéis de vivir en Él.

Pero ellos pueden reclamar las bendiciones de Dios ahora mismo. Necesitan el Espíritu de Cristo y su gracia para sostenerlos en sus flaquezas, o no podrán resistir el mal. Jesús desea que vayamos a Él como somos, pecaminosos, necesitados de su ayuda, impotentes. Podemos ir a Él con todas nuestras debilidades, con nuestras flaquezas, con nuestra pecaminosidad, y caer penitentes a sus pies. Él se goza en estrechamos en sus brazos de amor, en vendar nuestras heridas y limpiamos de toda impureza.

Miles se equivocan en esto, no creen que Jesús los perdone personal e individualmente. No toman la palabra de Dios tal cual es. Es privilegio de los que cumplen las condiciones, saber que se les extiende libremente el perdón para cubrir

Nadie es tan pecador que no pueda hallar fuerza, pureza y rectitud en Jesús que murió por ellos.

cada pecado. Deponed la sospecha de que las promesas de Dios no son para vosotros. Son para todo transgresor arrepentido. Cristo ha provisto fuerza y gracia para que sean reparadas por los ángeles a cada alma creyente. Nadie es tan pecador que no pueda hallar fuerza, pureza y rectitud en Jesús que murió por ellos. Él está esperando para quitarles las vestimentas corrompidas y manchadas de pecado y vestirlos con las vestiduras blancas de santidad; Él quiere que vivan y no que mueran.

Dios no nos trata como los hombres finitos se tratan unos a otros. Sus pensamientos son pensamientos de misericordia, de amor, de la más tierna compasión. Dios dice: "Deje el impío su camino y el hombre

iniciu sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar" (Isaías 55:7). "Yo deshice como la nube sus rebeliones, y como niebla sus pecados" (Isaías 44:22).



"Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis" (Ezequiel 18:32). Satanás está listo para quitarnos la bendita seguridad que tenemos en Dios. Él quiere quitar cada rayo de luz y cada destello de esperanza del alma, pero vosotros no debéis permitirlo. No prestéis atención al tentador, sino decid: "Jesús ha muerto para que yo viva; Él me ama y no quiere que yo perezca. Tengo un Padre celestial compasivo; y aunque he abusado de su amor, aunque he despilfarrado sus bendiciones, me levante e iré a mi Padre, y le diré: 'He pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como uno de tus jornaleros.'" La parábola nos dice como será recibido el descarriado. "Y cuando aun estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó a su cuello y le besó" (Lucas 15:18-20).

Más aún esta parábola, con ser tan conmovedora y tierna, no alcanza a expresar la infinita compasión del Padre celestial. El Señor nos dice mediante su profeta: "Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia" (Jeremías 31:3). Mientras el pecador se halla aún lejos de la casa del Padre, gastando su herencia en un país extraño, el corazón del Padre está ansioso por él; y cada deseo de volver a Dios que se despierta en el alma es la súplica tierna

y constante de su Espíritu, llamando, invitando y atrayendo al pecador hacia el corazón de amor del Padre.

Con las ricas promesas de la Biblia delante de vosotros

Dios odia el pecado, pero ama al pecador y se dio a sí mismo en la persona de Cristo, para que todos los que quieran, puedan ser salvos y obtener las bendiciones eternas en el reino de gloria.

¿Podéis dar lugar a la duda? ¿Podéis creer que cuando el pobre pecador siente el deseo de volver y anhela abandonar sus pecados, Dios le impide con severidad que llegue arrepentido a sus pies? ¿Desechad esos pensamientos! Nada puede hacer más daño a vuestra alma que el abrigar tal concepto de vuestro Padre celestial. Dios odia el pecado, pero ama al pecador y se dio a sí mismo en la persona de Cristo, para que todos los que quieran, puedan ser salvos y obtener las bendiciones eternas en el reino de gloria. ¿Qué lenguaje más poderoso o más tierno se podía haber empleado para expresar su amor hacia nosotros? Dios dice: “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidare de ti” (Isaías 49:15).

Alzad la vista los que vaciláis y tembláis porque Jesús vive para interceder por vosotros. Dad gracias a Dios por la dádiva de su Hijo y orad para que su muerte no haya sido en vano. El Espíritu os invita. Traed a Jesús vuestro corazón y reclamad sus bendiciones. Al leer sus promesas, recordad que son la expresión de un amor y de una piedad inefable. El gran corazón de amor infinito es atraído hacia el pecador

con una compasión sin límites. “En quien tenemos redención por su sangre, y perdón de pecados según la riqueza de su gracia” (Efesios 1:7). Sí, solo creed que Dios es vuestro ayudador. Él quiere restaurar su imagen en el hombre. En la medida en que os acerquéis a Él con arrepentimiento y confesión, Él se acercará a vosotros con misericordia y perdón.



LA PIEDRA DE TOQUE

“Si alguno está en Cristo, nueva criatura es: porque las cosas viejas pasaron y he aquí, todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).

Puede ser que una persona no sepa indicar el lugar o el momento exacto de su conversión, ni trazar toda la cadena de circunstancias de ese proceso; pero esto no prueba que no se haya convertido. Cristo dijo a Nicodemo: “El

Como el viento, que es invisible, ... así es el Espíritu de Dios al trabajar en el corazón humano.

viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (Juan 3:8). Como el viento, que es invisible, y sin embargo sus efectos se ven y se sienten claramente, así es el Espíritu de Dios al trabajar en el corazón humano. Ese poder regenerador que ningún ojo humano puede ver engendra una nueva vida en el alma; crea un nuevo ser a la imagen de Dios.

Aunque la obra del Espíritu es silenciosa e imperceptible, sus efectos se manifiestan claramente. Si el corazón ha sido renovado por el Espíritu de Dios, la vida

lo testificará. Si bien no podemos hacer nada para cambiar nuestros corazones o ponernos en armonía con Dios; si bien no podemos confiar en absoluto en nosotros mismos, ni en nuestras buenas obras, nuestras vidas revelarán si la gracia de Dios mora en nosotros o no. Se verá un cambio en el carácter, en los hábitos y en nuestra práctica. Habrá un notable y definido contraste entre lo que eran y lo que son ahora. El carácter se da a conocer, no por las buenas o malas acciones hechas ocasionalmente, sino por la tendencia de las palabras y hechos habituales.

Es cierto que puede haber un comportamiento externo correcto sin el poder renovador de Cristo. El amor por la influencia y el deseo de tener la estimación de los demás puede producir una vida bien ordenada. El respeto propio puede inducirnos a evitar las malas apariencias. Un corazón egoísta puede realizar acciones generosas. ¿Por qué medios podemos entonces determinar de qué lado estamos?

¿Quién posee nuestro corazón? ¿Con quién están nuestros pensamientos? ¿De quién nos gusta hablar? ¿Quién tiene nuestros más caros afectos y nuestras mejores energías? Si somos de Cristo, nuestros pensamientos están con él y nuestras meditaciones más dulces serán acerca de él. Anhelaremos tener su imagen, respirar su Espíritu, hacer su voluntad y agradarle en todas las cosas.

Aquellos que llegan a ser nueva criatura en Cristo llevarán los frutos del Espíritu: "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gálatas 5:22-23). No se identifican ya más con sus antiguas concu-

piscencias, sino que por la fe en el Hijo de Dios, seguirán sus pasos, reflejarán su carácter, y se purificarán a sí mismos así como Él es puro. Ahora aman las cosas que una vez odiaron; y las cosas que una vez amaron, ahora las odian. Los orgullosos y dominantes son ahora mansos y humildes de corazón. El que era vano y arrogante es ahora serio y discreto. El borracho se hace sobrio; y los licenciosos, puros. Las costumbres y las modas vanas del mundo son dejadas de lado. El cristiano no buscará el “atavío externo ... sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible...” (1 Pedro 3:3-4).

*Cuando
venimos
a Cristo
como seres
pecaminosos
y errados y
nos hacemos
partícipes
de su gracia
perdonadora,
el amor
brota en el
corazón.*

No existe evidencia de un genuino arrepentimiento si no se efectúa una reforma. Si restituye la prenda, si devuelve lo que ha robado, si confiesa sus pecados y ama a Dios y a sus semejantes, entonces puede estar seguro que ha pasado de muerte a vida.

Cuando venimos a Cristo como seres pecaminosos y errados y nos hacemos partícipes de su gracia perdonadora, el amor brota en el corazón. Toda carga se hace liviana, porque el yugo que Cristo impone es fácil. El deber se convierte en una delicia y hacer sacrificios es un placer. La senda que antes parecía envuelta en oscuridad, ahora resplandece bajo los rayos del Sol de Justicia.



La belleza del carácter de Cristo se verá reflejada en sus seguidores. Era su deleite hacer la voluntad de Dios. El amor a Dios y el celo por su gloria era el poder controlador en la vida de nuestro Salvador. El amor ennoblecía y embellecía todas sus acciones. El amor es de Dios. El corazón inconverso no puede producirlo ni originarlo. Sólo se encuentra en el corazón donde reina Cristo. "Nosotros le amamos a él porque él nos amó primero" (1 Juan 4:19). El amor es el principio de acción en el corazón renovado por la gracia divina. Modifica el carácter, gobierna los impulsos, controla las pasiones, subyuga las enemistades y ennoblece los afectos. Este amor, atesorado en el alma, endulza la vida y esparce una refinadora influencia sobre todos los que están en derredor.

Hay dos errores contra los cuales los hijos de Dios, en particular aquellos que recién han llegado a confiar en su gracia, necesitan guardarse especialmente. El primero, como ya hemos mencionado, es el de mirar a nuestras propias obras, confiando en lo que ellas pueden hacer para llevarlos a la armonía con Dios. El que está tratando de llegar a ser santo por sus propias obras en guardando la ley está intentando una imposibilidad. Todo lo que el hombre puede hacer sin Cristo está contaminado de egoísmo y pecado. Es sólo la gracia de Cristo, a través de la fe, la que puede hacernos santos.

El error opuesto y no menos peligroso, es creer que la fe en Cristo exime a los hombres de guardar la ley de ios; y puesto que es sólo

El que está tratando de llegar a ser santo por sus propias obras en guardando la ley está intentando una imposibilidad.

por fe como nos hacemos partícipes de la gracia de Cristo, entonces nuestras obras no tienen nada que ver con nuestra redención.

Pero nótese que la obediencia no consiste en un mero cumplimiento exterior, sino en un servicio de amor. La ley de Dios es una expresión de su misma naturaleza, es la personificación del gran principio del amor, y por lo tanto, la base de su gobierno en el cielo y en la tierra. Si nuestros corazones son renovados a la semejanza de Dios, y si el amor divino está implantado en el alma, ¿no se cumplirá en nuestras vidas la ley de Dios? Cuando el principio del amor es implantado en el corazón; cuando el hombre es renovado conforme a la imagen de Aquel que lo creó, se cumple la promesa del nuevo pacto: "Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré" (Hebreos 10:16). Y si la

No ganamos la salvación por nuestra obediencia; porque la salvación es el don gratuito de Dios, que se recibe por la fe.

ley está escrita en el corazón, ¿no moldeará acaso la vida? La obediencia, esto es, el servicio y la lealtad por amor es la verdadera prueba del discipulado. La escritura dice: "Este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos" (1 Juan 5:3). "El que dice: 'Yo le conozco,' y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él" (1 Juan 2:4). En vez de eximir al hombre de la obediencia, es la fe, y sólo la fe, la que nos hace partícipes de la gracia de Cristo y nos capacita para rendirle obediencia.

No ganamos la salvación por nuestra obediencia; porque la salvación es el don



gratuito de Dios, que se recibe por la fe. Pero la obediencia es el fruto de la fe. "Sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido" (1 Juan 3:5-6). He aquí la verdadera prueba. Si permanecemos en Cristo, si el amor de Dios mora en nosotros, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestros propósitos, nuestras acciones, estarán en armonía con la voluntad de Dios expresada en los preceptos de su santa ley. "Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo" (1 Juan 3:7). La justicia se define por la norma de la santa ley de Dios como fue expresada en los diez preceptos dados en el Sinaí.

La así llamada fe en Cristo que profesa eximir al hombre de su obligación de obedecer la ley de Dios no es fe, sino presunción. "Por gracia sois salvos por medio de la fe" (Efesios 2:8). Pero "la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma" (Santiago 2:17). Jesús dijo de sí mismo antes de venir al mundo: "El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón" (Salmos 40:8). Y justamente antes de ascender al cielo, él dijo: "...Yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor" (Juan 15:10). La Escritura dice: "Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos... El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 Juan 2:3, 6). "...Porque también Cristo

padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas" (1 Pedro 2:21).

La condición para obtener la vida eterna es ahora exactamente la que siempre ha sido, tal cual era en el paraíso antes de la caída de nuestros primeros padres: la obediencia perfecta a la ley de Dios, la perfecta justicia. Si se concediera la vida eterna con alguna otra condición inferior a esta, la felicidad de todo el universo estaría en peligro. Quedaría abierto el camino para el pecado, con todo su séquito de miseria y dolor, que serían así inmortalizados.

Era posible para Adán, antes de su caída, formar un carácter recto por la obediencia a la ley de Dios. Pero fracasó en hacer esto y a causa de su pecado,

*No tenemos
justicia
propia
con la cual
cumplir con
los requerimientos de
la ley de
Dios.*

nuestra naturaleza es caída y no podemos hacernos justos a nosotros mismos. Debido a que somos pecaminosos y faltos de santidad no podemos obedecer la santa ley perfectamente. No tenemos justicia propia con la cual cumplir con los requerimientos de la ley de Dios. Pero Cristo ha preparado una vía de escape para nosotros. Él vivió sobre la tierra en medio de pruebas y de tentaciones tales como las que nosotros tenemos que

afrontar. Él vivió una vida sin pecado. Él murió por nosotros y ahora nos ofrece quitar nuestros pecados y darnos su justicia. Si os entregáis a Él y lo aceptáis como vuestro Salvador; por pecaminosa que haya sido vuestra vida, a causa de Él sois



contados como justos. El carácter de Cristo toma el lugar del vuestro y Dios os acepta como si no hubierais pecado.

Más aún, Cristo cambia el corazón. Él mora en vuestro corazón por la fe. Habéis de mantener esta comunión con Cristo por la fe y una entrega continua de vuestra voluntad a la suya; mientras lo hagáis, Él obrará en vosotros el querer y el hacer según su buena voluntad. Así podréis decir: "...Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gálatas 2:20). Jesús dijo a sus discípulos: "Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros" (Mateo 10:20). Teniendo entonces a Cristo obrando en vosotros manifestaréis el mismo espíritu y haréis las mismas obras, obras de rectitud y de obediencia.

No tenemos nada en nosotros de qué gloriamos. No tenemos razón para la exaltación propia. Nuestro único fundamento de esperanza reside en la justicia de Cristo que nos es imputada y la que es efectuada por su Espíritu obrando en, y a través de nosotros.

Cuando hablamos de la fe, hay una distinción que debemos tener presente. Hay una clase de creencia que es completamente distinta de la fe. La existencia y el poder de Dios, la verdad de su palabra, son hechos que aun Satanás y sus huestes no pueden negar en sus corazones. La Biblia dice: "...los demonios creen, y tiemblan" (Santiago 2:19); pero esto no es fe. Donde existe no sólo una creencia

*...Cristo
cambia el
corazón.
Él mora
en vuestro
corazón por
la fe.*

en la Palabra de Dios, sino también sumisión de la voluntad a Él; donde el corazón le es entregado, los afectos están fijos en él, allí hay fe, fe que obra por el amor y que purifica el alma. Mediante esta fe, el corazón es renovado a la imagen de Dios. Y el corazón que en su estado natural no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede, ahora se deleita en sus santos preceptos, exclamando con el salmista: “¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación” (Salmos 119:97). Y la justicia de la ley se cumple en nosotros, los que no andamos “conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Romanos 8:1).



*Aún si
somos
vencidos por
el enemigo,
no seremos
desechados,
ni abandonados,
ni rechazados
por Dios.*

Hay quienes han conocido el amor perdonador de Cristo, y realmente desean ser hijos de Dios, sin embargo, se dan cuenta que sus caracteres son imperfectos, que hay faltas en sus vidas, y están prestos a dudar de si sus corazones han sido renovados por el Espíritu Santo. A los tales les digo que no se dejen arrastrar por la desesperación. A menudo tendremos que doblegarnos y llorar a los pies de Jesús a causa de nuestras faltas y errores, pero no tenemos que desanimarnos. Aún si somos vencidos por el enemigo, no seremos desechados, ni abandonados, ni rechazados por Dios. No; Cristo está a la derecha de Dios, intercediendo por nosotros. Juan, el discípulo amado, dijo: “...Estas cosas os escribo para que no pequéis; y si

alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo" (1 Juan 2:1). Y no olvidéis las palabras de Cristo: "...el Padre mismo os ama..." (Juan 16:27). Él desea reconciliaros con Él, desea ver su pureza y su santidad reflejadas en vosotros. Y si sólo os entregáis a Él, el que comenzó en vosotros la buena obra, la continuará hasta el día de Jesucristo. Orad más fervientemente; creed más plenamente.

*Orad más
ferviente-
mente;
creed más
plenamente.*

Al desconfiar de nuestras propias fuerzas, confiemos en el poder de nuestro Redentor, y alabemos a Aquel que es la salud de nuestro rostro.

Cuanto más cerca estéis de Jesús, más defectuosos apareceréis a vuestros propios ojos; porque vuestra visión será esclarecida y vuestras imperfecciones serán vistas en claro y dramático contraste con su naturaleza perfecta. Esta es una evidencia de que los engaños de Satanás han perdido su poder; y que la influencia vivificadora del Espíritu de Dios os está despertando.

No puede haber amor profundo por Jesús en el corazón que no percibe su propia pecaminosidad. El alma que es transformada por la gracia de Cristo admirará su carácter divino, pero si no vemos nuestra deformidad moral, es una prueba inequívoca de que no hemos visto la belleza ni la excelencia de Cristo.

Mientras menos cosas estimables veamos en nosotros mismos, más encontraremos que estimar en la infinita pureza y la hermosura de nuestro Salvador. La visión de nuestra pecaminosidad nos conduce hacia Aquel que pue-

de perdonarnos; y cuando el alma se dé cuenta de su impotencia y nos esforcemos en seguir a Cristo, él se nos revelará con poder. Cuanto más nos impulse nuestra necesidad hacia Él y hacia la Palabra de Dios, tanto más exaltada será la visión de su carácter y con tanta mayor plenitud reflejaremos su imagen.



CRECIENDO

El cambio de corazón por el cual llegamos a ser hijos de Dios es conocido en la Biblia como nacimiento. También se lo compara con la germinación de la buena semilla sembrada por el agricultor. De igual modo los recién convertidos a Cristo son como “niños recién nacidos,” que han de “crecer” a la estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. Como la buena semilla sembrada en el campo, deben crecer y dar fruto (1 Pedro 2:2; Efesios 4:15). El profeta Isaías dice: “Serán llamados árboles de justicia; plantío de Jehová; para gloria suya” (Isaías 61:3). Es así como las ilustraciones extraídas de la naturaleza nos ayudan a tener una mejor comprensión de las misteriosas verdades de la vida espiritual.

Toda la sabiduría y habilidad del hombre es incapaz de producir vida en el objeto más pequeño de la naturaleza. Es únicamente por medio de la vida que Dios ha impartido que las plantas y los animales pueden vivir. De igual forma, es sólo mediante la vida de Dios como se engendra la vida espiritual en el corazón de los hombres. Si el hombre “no naciere de nuevo” (Juan 3:3), no puede participar de la vida que Cristo vino a dar.

Tal como sucede con la vida, así también sucede con el crecimiento. Dios es el que lleva el capullo a florecer y la flor a fructificar. Por su poder la semilla se desarrolla, “pri-

mero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga" (Marcos 4:28). Y el profeta Oseas dice de Israel: "florecerá como lirio." "Serán vivificados como trigo, y florecerán como la vid" (Oseas 14:5, 7). Y Jesús nos dice: "¡Considerad los lirios, como crecen!" (Lucas 12:27). Las plantas y las flores crecen, no por su propio cuidado o esfuerzo, sino porque reciben lo que Dios ha provisto para su existencia. El niño no puede aumentar su estatura con la ansiedad o con el poder propio. Tampoco vosotros podéis lograr crecimiento espiritual por la ansiedad y el esfuerzo personal. La planta y el niño crecen porque reciben del ambiente lo que necesitan para su desarrollo: aire, sol y alimento. Lo que estos dones de la naturaleza son para los animales y las plantas, lo es Cristo para los que en Él confían. Él es su "luz

En el incomparable don de su Hijo, Dios rodeó al mundo con una atmósfera de gracia tan real como el aire que circula alrededor del globo.

eterna," "sol y escudo," y "descenderá como la lluvia sobre la hierba cortada" (Oseas 14:5; Salmos 72:6). Él es el agua viva, "el pan de Dios ... que descendió del cielo y da vida al mundo" (Juan 6:33).

En el incomparable don de su Hijo, Dios rodeó al mundo con una atmósfera de gracia tan real como el aire que circula alrededor del globo. Todos los que elijan respirar de esta atmósfera vivificante, vivirán y crecerán hasta alcanzar la estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús.

Como la flor se torna hacia el sol, para que sus brillantes rayos le ayuden a perfeccionar su belleza y simetría, de igual forma

debemos volvernos hacia el Sol de Justicia, para que la luz del cielo pueda brillar sobre nosotros, a fin de que nuestro carácter se desarrolle a la semejanza de Cristo.

Jesús enseña la misma cosa cuando dice: "Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí.... Porque separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15:4, 5). Tal como la rama depende del tronco para crecer y dar fruto, en la misma medida habéis de depender de Cristo para vivir una vida santa. Sin Él no tenéis vida. No tenéis poder para resistir la tentación o para crecer en gracia y santidad. Permaneciendo en Él podéis prosperar. Recibiendo vuestra vida de Él no os marchitaréis ni quedaréis sin frutos. Seréis como el árbol plantado junto a arroyos de aguas.

Tal como la rama depende del tronco para crecer y dar fruto, en la misma medida habéis de depender de Cristo para vivir una vida santa.

Muchos tienen la idea de que deben realizar alguna parte del trabajo solos. Han confiado en Cristo para el perdón de sus pecados, pero ahora tratan de vivir una vida recta por sus propios esfuerzos. Tales esfuerzos se desvanecerán. Jesús dice: "Separados de mí nada podéis hacer." Nuestro crecimiento en la gracia, nuestro gozo, nuestra utilidad, todo depende de nuestra unión con Cristo. Es a través de la comunión con Él, cada día y cada hora, estando en Él, como hemos de





crecer en la gracia. Él no es sólo el autor sino también el consumidor de nuestra fe. Cristo es el principio, el fin, el todo; Él ha de permanecer con nosotros no solo al principio y al fin de nuestra vida, sino en cada paso de nuestro camino. David dice: "A Jehová he puesto siempre delante de mí, porque está a mi diestra, no seré conmovido" (Salmos 16:8).

Preguntáis "¿Cómo puedo morar en Cristo?" De la misma forma que le recibisteis al principio. "Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en Él." "El justo vivirá por la fe" (Colosenses 2:6; Hebreos 10:38). Os habéis entregado a Dios para ser enteramente suyos, para servirle y obedecerle, y habéis aceptado a Cristo como vuestro Salvador. No podéis expiar vuestros pecados o cambiar vuestro corazón; pero habiéndoos entregado a Dios creísteis que por los méritos de Cristo Él hizo todo esto por vosotros. Por la fe pertenecéis a Cristo y por la fe debéis crecer en Él, dando y tomando. Debéis entregar todo: vuestro corazón, vuestra voluntad, vuestro servicio; entregaos vosotros mismos a Él para obedecer todos sus requerimientos; y debéis tomar todo: a Cristo, la plenitud de todas las bendiciones, para que habite en vuestro corazón, para que sea vuestra fortaleza, vuestra justicia, vuestra eterna ayuda, a fin de que os dé poder para obedecer.

Conságrate a Dios todas las mañanas, haz de esto tu primer trabajo. Sea tu oración: "Tómame ¡oh Señor! como enteramente tuyo. Pongo todos mis planes a tus pies. Úsam

hoy en tu servicio. Mora en mí y que toda mi obra sea hecha en ti." Este es un asunto diario. Cada mañana conságrate a Dios por ese día. Somete todos tus planes a Él para que sean llevados a cabo o abandonados según lo indique su providencia. De este modo, día tras día, podéis entregar vuestra vida en las manos de Dios y así vuestra vida será moldeada asemejándose más y más a la de Cristo.

La vida en Cristo es una vida de reposo. Puede no haber un éxtasis de sentimientos, pero habrá una confianza continua y apacible. Vuestra esperanza no está en vosotros mismos sino en Cristo. Vuestra debilidad se une a su fuerza, vuestra ignorancia a su sabiduría, vuestra fragilidad a su eterno poder. No habéis pues, de miraros a vosotros mismos, ni depender de vosotros mismos, sino mirad a Cristo. Dejad que la mente se explaye en su amor, en su belleza y en la perfección de su carácter. Cristo en su abnegación, Cristo en su humillación, Cristo en su pureza y santidad, Cristo en su incomparable amor; este es el objeto de la contemplación del alma. Amándole, imitándole, dependiendo enteramente de Él, podremos ser transformados a su semejanza.

Jesús dice: "Permaneced en mí." Estas palabras transmiten la idea de reposo, estabilidad, confianza. Otra vez Él invita: "Venid a mí ... y hallaréis descanso" (Mateo 11:28, 29). Las palabras del salmista expresan el mismo pensamiento: "Guarda silencio ante Jehová y espera en Él," e Isaías nos asegura diciendo:

*Amándole,
imitándole,
dependiendo
enteramente
de Él,
podremos
ser trans-
formados
a su
semejanza.*

“en quietud y confianza será vuestra fortaleza” (Salmos 37:7; Isaías 30:15). Este descanso no se encuentra en la ociosidad porque en la invitación del Salvador la promesa de descanso está unida al llamado a trabajar: “Llevad mi yugo sobre vosotros,... y hallaréis descanso” (Mateo 11:29). El corazón que descansa más plenamente en Cristo será más ferviente y activo en el trabajo para Él.

Quando la mente se centra en el “yo” se aleja de Cristo, la fuente de vida y poder. Por esta razón, Satanás se esfuerza constantemente en mantener nuestra atención alejada del Salvador para impedir la unión y comunión del alma con Cristo. Los placeres del mundo, las perplejidades y tristezas, las faltas ajenas o vuestros propios errores e imperfecciones; a todas estas cosas, o a alguna de ellas en particular, tratará de desviar la mente. No seáis engañados con su estratagema. A muchos que son realmente concienzudos y que desean vivir para Dios, a menudo les hace recordar sus propias faltas y debilidades a fin de separarlos de Cristo, con la esperanza de obtener la victoria. No debemos hacer del yo el centro, ni dar lugar a la ansiedad y el temor de si seremos salvos o no. Todo esto aparta al alma de la Fuente de nuestra fortaleza. Encomendad vuestra alma al cuidado de Dios y confiad en Él. Hablad de Jesús y pensad en Él. Que vuestro yo se pierda en Jesús. Alejad toda duda; disipad vuestros temores. Decid con el apóstol Pablo: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se



entregó a sí mismo por mí" (Gálatas 2:20). Reposad en Dios. Él es capaz de guardar lo que le habéis encomendado. Si os entregáis en sus manos, el os hará más que vencedores por medio de Aquel que os ha amado.

Cuando Cristo tomó la naturaleza humana sobre sí, unió a la humanidad consigo mismo con un lazo de amor que ningún poder podrá romper jamás, salvo la elección del hombre mismo. Satanás presentará constantemente tentaciones para inducirnos a romper este lazo, para que elijamos separarnos de Cristo. Es aquí donde necesitamos velar, luchar y orar para que nada nos seduzca a elegir otro señor, porque siempre tenemos la libertad de hacerlo. Mantengamos nuestros ojos fijos en Cristo y Él nos guardará. Mirando a Jesús estamos seguros. Nada nos arrebatará de sus manos. Contemplándole constantemente "somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2 Corintios 3:18).

Así fue como los primeros discípulos llegaron a ser semejantes a su querido Salvador. Cuando esos discípulos oyeron las palabras de Jesús, sintieron su necesidad de Él. Lo buscaron, lo encontraron y lo siguieron. Estuvieron con Él en la casa, a la mesa, en su retiro y en el campo. Estuvieron con Él como alumnos con su maestro, recibiendo diariamente de sus labios las lecciones de la verdad santa.

*Cuando
Cristo tomó
la naturaleza
humana
sobre sí,
unió a la
humanidad
consigo
mismo con
un lazo de
amor que
ningún
poder podrá
romper
jamás, salvo
la elección
del hombre
mismo.*

Lo miraban como los siervos a su señor para aprender sus deberes. Aquellos discípulos eran hombres sujetos “a pasiones semejantes a las nuestras” (Santiago 5:17). Ellos tuvieron que pelear la misma batalla con el pecado. Necesitaron la misma gracia para vivir una vida santa.

Aun Juan, el discípulo amado, el que llegó a reflejar más plenamente el carácter de su Salvador, no poseía por naturaleza esa belleza de carácter. No solo era dogmático y ambicioso de honores, sino también impetuoso y se resentía bajo las injurias. Pero cuando el carácter del Divino Maestro se le manifestó vio sus propias deficiencias y este conocimiento lo humilló. La fortaleza y la paciencia, el poder y la ternura, la majestad y la mansedumbre que contemplaba en la vida diaria del Hijo de Dios, llenaron su alma de admiración y amor. Día a día su corazón era atraído hacia Cristo hasta que se olvidó de sí mismo por amor a su Maestro. Su temperamento rencoroso y ambi-

*El poder
del amor
de Cristo
transformó
su carácter.*

cioso fue cediendo al poder transformador de Cristo. La influencia regeneradora del Espíritu Santo renovó su corazón. El poder del amor de Cristo transformó su carácter. Este es el resultado seguro de la unión con Jesús. Cuando Cristo mora en el corazón la naturaleza entera se transforma. El espíritu

de Cristo y su amor ablandan el corazón, subyugan el alma y levantan los pensamientos y deseos hacia el Dios del cielo.

Cuando Cristo ascendió al cielo, el sentido de su presencia permaneció todavía con sus seguidores. Era una presencia personal llena de luz y amor. Jesús, el Salvador, que



había caminado, hablado y orado con ellos, el que había alentado y confortado sus corazones, fue arrebatado al cielo mientras el mensaje de paz estaba todavía en sus labios y los acentos de su voz llegaban hasta ellos: “He aquí yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20), y una nube de ángeles lo recibió. Había ascendido al cielo en forma humana. Sabían que estaba delante del trono de Dios como su Amigo y Salvador, que sus simpatías no habían cambiado y que todavía se identificaba con la humanidad doliente. Él presentaba delante de Dios los méritos de su preciosa sangre, mostrando sus pies y manos heridos como memoria del precio que había pagado por sus redimidos. Sabían que Él había ascendido al cielo para prepararles un lugar y que regresaría para llevarlos consigo.

Al congregarse después de la ascensión, anhelaban presentar sus peticiones al Padre en el nombre de Jesús. Con reverente temor se postraron para orar repitiendo la promesa: “Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo daré. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” (Juan 16:23, 24). Ellos extendieron más y más la mano de la fe con el poderoso argumento: “Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Romanos 8:34). Y en el día de Pentecostés vino a ellos la presencia del Consolador, del cual Cristo había dicho: “estará en vosotros.” Además había dicho: “Os conviene que yo me vaya; porque si no me

fuere, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (Juan 14:17; 16:7). En lo sucesivo, Cristo había de morar continuamente en el corazón de sus hijos por medio de su Espíritu. Su unión con Él era mayor que cuando estaba personalmente con ellos. La luz, el amor y el poder de la presencia de Cristo resplandecía a través de ellos, de tal modo que los hombres mirándolos “se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús” (Hechos 4:13).

Todo lo que Cristo fue para los discípulos, desea serlo para sus hijos hoy; porque en su última oración con su pequeño grupo de discípulos que reunió a su alrededor, dijo:

*Jesús oró
por nosotros
y pidió que
fuésemos
uno con Él,
así como Él
es uno con el
Padre.*

“No ruego solamente por estos sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos” (Juan 17:20).

Jesús oró por nosotros y pidió que fuésemos uno con Él, así como Él es uno con el Padre. ¡Qué unión maravillosa es esta! El Salvador había dicho de sí mismo: “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo,” “El Padre que mora en mí, él hace las obras” (Juan 5:19; 14:10). Si Cristo mora en nuestro corazón, producirá en nosotros “el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). Trabajaremos como Él trabajó; manifestaremos el mismo espíritu. Y así, amándole y permaneciendo en Él “crezcamos en todo, en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Efesios 4:15).



EL GOZO DE LA COLABORACIÓN

Dios es la fuente de vida, luz y gozo para el universo. Como los rayos del sol, como las corrientes de agua que brotan de un manantial vivo, las bendiciones emanan de Él a todas sus criaturas. Y dondequiera que la vida de Dios esté en el corazón de los hombres fluirá hacia otros en amor y bendición.

El gozo de nuestro Salvador consistía en levantar y redimir a los hombres caídos. A fin de lograrlo, no consideró su vida preciosa para Él, sino que sufrió la cruz despreciando la vergüenza. De igual forma los ángeles están siempre empeñados en trabajar por la felicidad de otros. Esto es su gozo. Lo que los corazones egoístas considerarían un servicio humillante, ministrar para los desafortunados y en todo sentido inferiores a ellos en jerarquía y carácter, es la obra de los inmaculados ángeles. El espíritu de amor abnegado de Cristo es el espíritu que envuelve el cielo y es la esencia misma de su gloria. Este es el espíritu que poseerán los seguidores de Cristo, la obra que ellos harán.

El gozo de nuestro Salvador consistía en levantar y redimir a los hombres caídos.

El amor de Cristo atesorado en el corazón, tal como una dulce fragancia, no puede ocultarse. Su santa influencia se hará sentir en todos aquellos con quienes nos relacionamos. El espíritu de Cristo en el corazón es como un manantial en el desierto que fluye para refrescarlo todo y hace a los que están por perecer sentir sed del agua de vida.

El amor a Jesús se manifestará en el deseo de trabajar como Él trabajó por la felicidad y elevación de la humanidad. Nos inspirará amor, ternura y simpatía por todas las criaturas que gozan del cuidado de nuestro Padre celestial.

La vida terrenal del Salvador no fue una vida de holgura y de devoción a sí mismo, sino de persistente trabajo, fervoroso e infatigable esfuerzo por la salvación de la perdida humanidad. Desde el pesebre hasta el Calvario siguió la senda de la abnegación y no procuró ser librado de tareas arduas, viajes penosos y agotadores trabajos y cuidados. Él dijo: "El hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (Mateo 20:28). Tal fue el gran objeto de su vida. Todo lo demás fue secundario y accesorio. Su comida y su bebida era hacer la voluntad de Dios y acabar su obra. El yo y el interés personal no tenían parte en su obra.

Así también aquellos que son participantes de la gracia de Cristo estarán dispuestos a hacer cualquier sacrificio para que otros por quienes Él murió puedan compartir el don celestial. Harán cuan-



to puedan para que su presencia haga del mundo un lugar mejor. Este espíritu es el fruto seguro del alma verdaderamente convertida. Tan pronto llega uno a Jesús, nace en el corazón el deseo de hacer saber a otros cuán precioso salvador se ha encontrado en Cristo; la verdad salvadora y santificadora no puede permanecer encerrada en el corazón. Si estamos revestidos de la justicia de Cristo y henchidos del gozo de su espíritu no podremos guardar silencio. Si hemos gustado y visto que el Señor es bueno tendremos algo que decir. Al igual que Felipe cuando encontró al Salvador, invitaremos a otros a ir a Él. Procuraremos presentarles los atractivos de Cristo y las invisibles realidades del mundo venidero. Habrá un intenso deseo de seguir el camino que Jesús recorrió. Se anhelará que quienes están en derredor nuestro puedan contemplar "al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29).

Y el esfuerzo por hacer felices a otros se tornará en bendiciones para nosotros mismos. Este era el propósito de Dios al darnos una parte que hacer en el plan de redención. Él ha concedido a los hombres el privilegio de ser hechos participantes de la naturaleza divina y a su vez, difundir bendiciones a sus semejantes. Este es el más alto honor y el mayor gozo que Dios puede conferir a los

Harán cuanto puedan para que su presencia haga del mundo un lugar mejor.

Él ha concedido a los hombres el privilegio de ser hechos participantes de la naturaleza divina y a su vez, difundir bendiciones a sus semejantes.

hombres. Los que así se convierten en participantes en labores de amor están más cerca de su Creador.

Dios podría haber encomendado el mensaje del Evangelio y toda la obra del ministerio de amor a los ángeles del cielo. Podría haber empleado otros medios para llevar a cabo su propósito. Pero en su infinito amor nos hizo colaboradores con Él, con Cristo y con los ángeles para hacernos partícipes de la bendición, el gozo y la elevación espiritual que resultan de este abnegado ministerio.

Somos atraídos a la simpatía con Cristo al confraternizar en sus sufrimientos. Cada acto de sacrificio personal en beneficio de otros fortalece el espíritu de beneficencia en el corazón del dador y lo une más estrechamente al redentor del mundo, quien “por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Corintios 8:9). Y es sólo mientras cumplimos así el propósito divino al crearnos que la vida puede ser una bendición para nosotros.

Si trabajáis como Cristo designó a sus discípulos que lo hicieran y ganáis almas para Él, sentiréis la necesidad de una experiencia más profunda y un mayor conocimiento de las cosas divinas y tendréis hambre y sed de justicia. Imploraréis a Dios y vuestra fe se fortalecerá y vuestra alma beberá de las corrientes profundas de la fuente de salvación. El encontrar oposición y pruebas os conducirán a la Biblia y a la oración. Creceréis en la gracia y en el co-



nocimiento de Cristo y desarrollaréis una rica experiencia.

El espíritu de trabajo desinteresado en favor de otros da al carácter profundidad, firmeza y una amabilidad como la de Cristo y trae paz y felicidad a quien lo posee. Las aspiraciones son elevadas. No hay lugar para la pereza o el egoísmo. Los que de esta forma ejerciten las virtudes cristianas crecerán y se harán fuertes para trabajar por Dios. Tendrán claras percepciones espirituales, una fe creciente y firme y un acrecentado poder en la oración. El Espíritu de Dios, actuando sobre el espíritu de ellos hace aflorar las sagradas armonías del alma en respuesta al toque divino. Los que así se consagran al esfuerzo desinteresado por el bien de otros están ciertamente obrando su propia salvación.

La única forma de crecer en la gracia es realizar desinteresadamente la obra que Cristo nos ha asignado, ocupándonos, en la medida de nuestras capacidades, en auxiliar y beneficiar a los que requieren de la ayuda que podemos darles. La fuerza se desarrolla con el ejercicio; la actividad es la condición misma de la vida. Los que pretenden mantener la vida cristiana aceptando pasivamente las bendiciones que fluyen a través de la gracia y no hacen nada por Cristo, están simplemente procurando vivir comiendo sin trabajar. Y en el mundo espiritual, tanto como en el natural, el resultado

El espíritu de trabajo desinteresado en favor de otros da al carácter profundidad, firmeza y una amabilidad como la de Cristo y trae paz y felicidad a quien lo posee.

de esto es siempre decadencia y degeneración. Un hombre que se rehusase a ejercitar sus miembros pronto perdería todo poder para usarlos. Asimismo, el cristiano que no ejercite las facultades que Dios le ha dado, no solo dejará de crecer en Cristo, sino que perderá la fuerza que tenía.

La iglesia de Cristo es la agencia designada por Dios para la salvación de los hombres. Su misión es llevar el

*El amor de
Cristo que
nos ha sido
revelado,
nos hace
deudores
a todos
aquellos
que no le
conocen.*

Evangelio al mundo. Y esta obligación recae sobre todos los cristianos. Cada uno, hasta donde lo permitan sus talentos y oportunidades debe cumplir la comisión del Salvador. El amor de Cristo que nos ha sido revelado, nos hace deudores a todos aquellos que no le conocen. Dios nos ha dado luz, no sólo para nosotros, sino para verterla sobre los demás.

Si los seguidores de Cristo estuvieran concientes de su deber, habría miles proclamando el Evangelio en tierras paganas donde hoy hay solo uno. Y todos los que no pudieran ocuparse personalmente en la obra, la sostendrían con sus recursos, simpatías y oraciones. Habría un mayor y más ferviente trabajo por las almas en los países cristianos.

No necesitamos ir a tierras de paganos, ni aun dejar el estrecho círculo del hogar, si es allí donde el deber nos llama a trabajar por Cristo. Podemos hacer esto en el círculo del ho-



gar, la iglesia, entre aquellos con quienes nos asociamos y con quienes hacemos negocios.

Nuestro Salvador pasó la mayor parte de su vida terrenal trabajando pacientemente en la carpintería de Nazaret. Ángeles ministradores acompañaban al Señor de la vida mientras caminaba con campesinos y labradores, sin reconocimiento y sin honores. Estaba cumpliendo su misión tan fielmente mientras trabajaba en su humilde oficio, como cuando sanaba los enfermos o caminaba sobre las encrespadas olas del mar de Galilea. Así, en los deberes más humildes y en las posiciones más bajas de la vida, podemos caminar y trabajar con Jesús.

El apóstol dice: "Cada uno, hermanos, en el estado en que fue llamado así permanezca para con Dios" (1 Corintios 7:24). El hombre de negocios puede dirigir sus asuntos de modo que glorifique a su Señor por su fidelidad. Si es un verdadero discípulo de Cristo pondrá en práctica su religión en todo lo que haga y revelará a los hombres el espíritu de Cristo. El artesano puede ser un diligente y fiel representante de Aquel que se ocupó en las humildes labores de la vida entre las montañas de Galilea. Todo el que lleva el nombre de Cristo debe laborar de tal manera que otros, al ver sus buenas obras, sean inducidos a glorificar a su Creador y Redentor.

Muchos se han excusado de poner sus dones al servicio de Cristo porque otros fueron dotados de ventajas y talentos superiores. Ha prevalecido la opinión de que solo aquellos que están especialmente dotados son llamados a consagrar sus habilidades al servicio de Dios. Muchos han

llegado a suponer que los talentos son dados solamente a cierta clase favorecida, con la exclusión de otros, que por supuesto, no son llamados a participar de las labores ni de las recompensas. Pero esto no es representado así en la parábola. Cuando el señor de la casa llamó a sus siervos dio a cada hombre su trabajo.

Cuando el señor de la casa llamó a sus siervos dio a cada hombre su trabajo.

Podemos realizar los deberes más humildes de la vida con un espíritu amable “como para el Señor” (Colosenses 3:23). Si el amor de Dios está en el corazón, se pondrá de manifiesto en la vida. La dulce fragancia de Cristo nos rodeará y nuestra influencia será de bendición y edificante.

No debéis esperar por grandes ocasiones o poseer extraordinarias habilidades para ir a trabajar para Dios. No necesitáis preocuparos de lo que el mundo pensará de vosotros. Si vuestra vida diaria es un testimonio de la pureza y la sinceridad de vuestra fe y los demás están convencidos que deseáis hacerles bien, vuestros esfuerzos no serán enteramente perdidos.

Los más humildes y más pobres de los discípulos de Jesús pueden ser una bendición para otros. Pueden no darse cuenta que están haciendo un bien especial, pero por su influencia inconciente pueden dar inicio a olas de bendición que se extenderán y se profundizarán y cuyos benditos resultados pueden no llegar a conocer hasta el día de la recompensa final. Ellos no sienten ni saben que están haciendo algo grande. No necesitan cargarse de ansiedad

por el éxito. Sólo tienen que avanzar quedamente, haciendo fielmente la obra que la providencia de Dios les asigne y sus vidas no habrán sido en vano. Sus propias almas crecerán cada vez más a la semejanza de Cristo; son colaboradores con Dios en esta vida y se preparan para una obra más elevada y el gozo libre de sombras de la vida por venir.

*No
necesitan
cargarse de
ansiedad
por el éxito.*



LOS DOS LENGUAJES DE LA PROVIDENCIA

Son muchas las formas mediante las cuales Dios procura dárse nos a conocer y ponernos en comunión con Él. La naturaleza habla sin cesar a nuestros sentidos. El corazón accesible será tocado con el amor y la gloria de Dios revelados a través de la obra de sus manos. El oído atento puede escuchar y entender las comunicaciones de Dios por medio de las cosas de la naturaleza. Los verdes campos, los elevados árboles, los capullos y las flores, la nube que pasa, la lluvia que cae, el arroyo que murmura, la gloria de los cielos, hablan a nuestros corazones y nos invitan a conocer a Aquel que los hizo a todos ellos.

*Nuestro
Salvador
enlazó sus
preciosas
lecciones
con las
cosas de la
naturaleza.*

Nuestro Salvador enlazó sus preciosas lecciones con las cosas de la naturaleza. Los árboles, los pájaros, las flores de los valles, las colinas, los lagos y los hermosos cielos, como también los incidentes y el entorno de la vida diaria, todos fueron vinculados con las palabras de verdad, para que sus lecciones fuesen traídas a menudo a la memoria aun en medio de los afanes y cuidados de la vida de trabajo del hombre.

Dios desea que sus hijos aprecien sus obras y se deleiten en la sencilla y serena hermosura con que adornó nuestro hogar terrenal. Él es amante de lo bello y por encima de todo lo que es exteriormente atractivo, Él ama la belleza del carácter; es su deseo que cultivemos la pureza y la sencillez, la serena gracia de las flores.

Si estamos dispuestos a escuchar, las obras creadas por Dios nos enseñarán preciosas lecciones de obediencia y confianza. Desde las estrellas que en su curso sin rastro a través del espacio siguen siglo tras siglo su ruta asignada, hasta el más diminuto átomo, las cosas de la naturaleza obedecen la voluntad del Creador. Y Dios cuida y sustenta todo lo que ha creado. El que sostiene los innumerables mundos diseminados por la inmensidad, al mismo tiempo, atiende las necesidades del pequeño gorrion que sin temor entona su humilde canto. Cuando los hombres salen a su faena diaria, o cuando se ocupan en la oración; cuando se acuestan por la noche, o se levantan por la mañana; cuando el rico festeja en su palacio, o cuando el pobre reúne a sus hijos alrededor de su escasa mesa, cada uno es vigilado tiernamente por el Padre celestial. No se derraman lágrimas sin que Dios lo note. No hay sonrisa que para Él pase inadvertida.

Si creyéramos esto plenamente, desecharíamos toda ansiedad indebida. Nuestras vidas no estarían tan llenas de frustraciones como ahora; porque cada cosa la dejaríamos

Si estamos dispuestos a escuchar, las obras creadas por Dios nos enseñarán preciosas lecciones de obediencia y confianza.

en las manos de Dios, quien no se confunde por la multiplicidad de los cuidados, ni se abruma por su peso. Nuestra alma disfrutaría entonces de un reposo que por largo tiempo ha sido ajeno para muchos.

Cuando vuestros sentidos se deleiten en los encantadores atractivos de la tierra, pensad en el mundo venidero que jamás conocerá el daño del pecado y la muerte; donde la faz de la naturaleza no tendrá más la sombra de la maldición. Dejad que vuestra imaginación dibuje la morada de los salvos y recordad que será más gloriosa que cuanto pueda figurarse la más brillante imaginación. En los variados dones de Dios en la naturaleza no vemos sino el reflejo más pálido de su gloria. Está escrito: "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Corintios 2:9).

El poeta y el naturalista tienen muchas cosas que decir acerca de la naturaleza, pero es el cristiano quien disfruta de la belleza de la tierra con la más alta valoración, porque reconoce la obra de las manos de su Padre y percibe su amor en la flor, el arbusto y el árbol. Nadie puede apreciar plenamente el significado del monte y del valle, del río y del mar, si no los mira como una expresión del amor de Dios para con el hombre.

*Dios nos
habla
mediante
sus obras
provi-
den±ciales y
a través de
la influencia
de su
Espíritu en
el corazón.*

Dios nos habla mediante sus obras providenciales y a través de la influencia de su Espíritu en el corazón. En nuestras circunstancias y entorno, en los cambios

que diariamente tienen lugar a nuestro derredor, podemos encontrar preciosas lecciones si nuestros corazones están abiertos para discernirlas. El salmista, trazando la obra de la providencia de Dios dice: “De la misericordia de Jehová está llena la tierra” (Salmos 33:5). “¿Quién es sabio y guardará estas cosas, y entenderá las misericordias de Jehová?” (Salmos 107:43).

Dios nos habla también en su Palabra. En ella tenemos, en líneas más claras, la revelación de su carácter, de su trato con los hombres y de la gran obra de redención. En ella se despliega ante nosotros la historia de los patriarcas, profetas y otros hombres santos de la antigüedad. Eran hombres sujetos “a pasiones semejantes a las nuestras” (Santiago 5:17). Vemos cómo lucharon con desánimos como los nuestros, cómo cayeron en la tentación como lo hemos hecho nosotros y sin embargo cobraron nuevas fuerzas y vencieron por la gracia de Dios; teniéndolos presente, somos animados en nuestra lucha por la justicia. Al leer las preciosas experiencias concedidas a ellos, de la luz, el amor y las bendiciones que disfrutaron y la obra que realizaron mediante la gracia que se les concedió, el espíritu que los inspiró enciende una llama de santo celo y un deseo de ser como ellos en carácter y como ellos, caminar con Dios.



Jesús dijo de las Escrituras del Antiguo Testamento, y cuanto más cierto es esto acerca del Nuevo: “Ellas son las que dan testimonio de mí,” el Redentor, en quien están centradas nuestras esperanzas de vida eterna

(Juan 5:39). Sí, toda la Biblia nos habla de Cristo. Desde el primer relato de la creación, porque “sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho,”



*Llenad por completo
vuestro
corazón con
las palabras
de Dios.
Ellas son el
agua viva
que apaga
vuestra
ardiente
sed.*

hasta la última promesa: “He aquí yo vengo pronto” (Juan 1:3; Apocalipsis 22:12). Si deseáis conocer al Salvador, estudiad las Escrituras.

Llenad por completo vuestro corazón con las palabras de Dios. Ellas son el agua viva que apaga vuestra ardiente sed. Son el pan vivo que descendió del cielo. Jesús declara: “Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.” Y lo explicó diciendo: “Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Juan 6:53, 63). Nuestros cuerpos son edificados por lo que comemos y bebemos; y lo que sucede en la vida natural sucede en la espiritual: aquello en lo que meditamos es lo que da tono y fortaleza a nuestra naturaleza espiritual.

El tema de la redención es un tema que los ángeles desean escudriñar; será la ciencia y el canto de los redimidos a través de las edades sin fin de la eternidad. ¿No es este un tema digno de cuidadosa atención y estudio ahora? La infinita misericordia y amor de Jesús, el sacrificio hecho en nuestro favor, requieren la más seria y solemne reflexión. Deberíamos espaciarnos en el carácter de nuestro querido Redentor e Intercesor. Deberíamos meditar en la misión de

Aquel que vino a salvar a su pueblo de sus pecados. Al contemplar así los temas celestiales, nuestra fe y amor serán más fuertes y nuestras oraciones más aceptables a Dios, porque irán acompañadas de más fe y amor. Serán inteligentes y fervorosas. Habrá una confianza más constante en Jesús y una experiencia diaria y viviente en su poder para salvar hasta lo sumo a todos los que van a Dios por medio de Él.

Mientras meditamos en la perfección de nuestro Salvador, desearemos ser totalmente transformados y renovados a la imagen de su pureza. Habrá hambre y sed en nuestra alma de llegar a ser como Aquel a quien adoramos. Cuanto más concentremos nuestros pensamientos en Cristo, tanto más hablaremos de Él a otros y lo representaremos al mundo.

La Biblia no fue escrita sólo para el erudito; al contrario, fue designada para la gente común. Las grandes verdades necesarias para la salvación se presentan con tanta claridad como la luz del mediodía; y nadie perderá o equivocará el camino, excepto aquellos que sigan su propio juicio en lugar de la voluntad de Dios revelada tan claramente.

No debemos tomar el testimonio de ningún hombre como lo que las Escrituras enseñan, sino que debemos estudiar la palabra de Dios por nosotros mismos. Si permitimos que otros piensen por nosotros tendremos energías lisiadas y facultades contraídas. Las nobles facultades de la men-

No debemos tomar el testimonio de ningún hombre como lo que las Escrituras enseñan, sino que debemos estudiar la palabra de Dios por nosotros mismos.

te pueden ser tan empequeñecidas por la falta de ejercicio en temas dignos de su concentración que pierden la capacidad de captar el profundo significado de la palabra de Dios. La inteligencia se desarrollará si se emplea en investigar la relación de los asuntos de la Biblia, comparando escritura con escritura y lo espiritual con lo espiritual.

No hay nada mejor para fortalecer el intelecto que el estudio de las Escrituras. Ningún otro libro es tan potente para elevar los pensamientos y para dar vigor a las facultades, como las amplias y ennoblecedoras verdades de la Biblia. Si se estudiara la palabra de Dios como es debido, los hombres tendrían una amplitud de pensamiento, una nobleza de carácter y una firmeza de propósito raramente vistos en estos tiempos.

No hay sino un pequeño beneficio derivado de una lectura apresurada de las Escrituras. Uno puede leer toda la Biblia y sin embargo no ver su belleza o comprender su significado profundo y oculto. Un pasaje estudiado hasta que su significado es claro a la mente y su relación con el plan de salvación es evidente, es de más valor que la lectura de muchos capítulos sin un propósito definido y sin obtener una instrucción positiva. Tened vuestra Biblia a mano. Leedla cuando tengáis oportunidad, fijad los textos en vuestra memoria. Aun mientras camináis por las calles podéis leer un pasaje y meditar en él, fijándolo así en la mente.

No podemos obtener sabiduría sin una diligente atención y estudio con oración. Al-



gunas porciones de las Escrituras son en verdad muy claras para ser malentendidas, pero hay otras cuyo significado no es superficial y no se ven a primera vista. Se debe comparar pasaje con pasaje. Debe haber un cuidadoso escudriñamiento y una reflexión acompañada de oración. Y tal estudio será ricamente recompensado. Como el minero descubre vetas de precioso metal ocultas bajo la superficie de la tierra, así también, el que con perseverancia escudriña la palabra de Dios en busca de tesoros escondidos encontrará verdades del mayor valor ocultas a la vista del buscador descuidado. Las palabras de la inspiración, atesoradas en el corazón, serán como arroyos fluyendo de la fuente de vida.

Nunca se debe estudiar la Biblia sin oración. Antes de abrir sus páginas debemos pedir por la iluminación del Espíritu Santo y esta será concedida. Cuando Natanael vino a Jesús, el Salvador exclamó: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño. Le dijo Natanael: ¿De dónde me conoces? Respondió Jesús y dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi" (Juan 1:47-48). Así también nos verá

Jesús en los secretos lugares de oración si vamos a Él en busca de luz para conocer lo que es la verdad. Los ángeles del mundo de la luz estarán junto a aquellos que con humildad de corazón busquen la dirección divina.

El Espíritu Santo exalta y glorifica al Salvador. Su oficio consiste en presentar a Cristo, la pureza de su justicia y

*Antes de
abrir sus
páginas
debemos
pedir por la
iluminación
del Espíritu
Santo y
esta será
concedida.*

la gran salvación que tenemos mediante Él. Jesús dice: “Tomará de lo mío y os lo hará saber” (Juan 16:14). El Espíritu de verdad es el único maestro eficaz de la verdad divina. ¡Cuánto debe estimar Dios a la raza humana que le dio a su Hijo para que muriera por ella y asigna a su Espíritu para que sea el maestro y continuo guía del hombre!



¿PODEMOS COMUNICARNOS CON DIOS?

Dios nos habla por medio de la naturaleza y la revelación, por su providencia y por la influencia de su Espíritu. Pero esto no es suficiente; necesitamos también abrirle nuestros corazones. A fin de tener energía y vida espiritual debemos tener verdadera interrelación con nuestro Padre celestial. Nuestra mente puede ser atraída hacia Él, podemos meditar en sus obras, sus misericordias y en sus bendiciones; pero esto no es, en el sentido pleno de la palabra, tener comunicación con Él. Para tener comunión con Dios debemos tener algo que decirle concerniente a nuestra vida real.

Orar es el acto de abrir el corazón a Dios como a un amigo. No es que se necesite esto para hacer saber a Dios lo que Somos, sino a fin de capacitarnos para recibirle. La oración no baja a Dios hasta nosotros, sino que nos eleva hasta Él.

Cuando Jesús estuvo en la tierra enseñó a sus discípulos cómo orar. Los condujo a presentar sus necesidades cotidianas delante de Dios y a echar todos sus cuidados sobre

*Orar es el
acto de abrir
el corazón a
Dios como a
un amigo.*

Él. Y la seguridad que les dio de que sus peticiones serían oídas es también la nuestra.

Jesús mismo, cuando habitó entre los hombres, oraba muy a menudo. Nuestro Salvador se identificó con nuestras necesidades y flaquezas al convertirse en un suplicante que imploraba la fresca provisión de

Si el Salvador de los hombres, el Hijo de Dios, sintió la necesidad de orar; ¡cuánto más nosotros débiles, pecadores mortales, deberíamos sentir la necesidad de orar con fervor y constancia!

fortaleza de parte de su Padre para poder salir adelante fortalecido para el deber y la prueba. Él es nuestro ejemplo en todas las cosas. Es un hermano en nuestras flaquezas, "Tentado en todo así como nosotros"; pero como ser inmaculado, su naturaleza rehuía el mal; soportó conflictos y torturas de alma en un mundo de pecado. Como humano, la oración fue para él una necesidad y un privilegio. Encontraba consuelo y gozo en la comunión con su Padre. Si el Salvador de los hombres, el Hijo de Dios, sintió la necesidad de orar; ¡cuánto más nosotros débiles, pecadores mortales, deberíamos sentir la necesidad de orar con fervor y constancia!

Nuestro Padre celestial desea derramar sobre nosotros la plenitud de sus bendiciones. Es nuestro privilegio beber abundantemente de

la fuente de amor infinito. ¡Es sorprendente que oremos tan poco! Dios está deseoso y presto para escuchar la oración sincera



del más humilde de sus hijos, y sin embargo hay mucha re-nuencia de nuestra parte para dar a conocer nuestras nece-sidades a Dios. ¿Qué pueden pensar los ángeles del cielo de los pobres y desvalidos seres humanos, sujetos a tentación, cuando el corazón de infinito amor de Dios se inclina hacia ellos, listo para darles más de lo que pueden pedir o pensar y sin embargo, oran tan poco y tienen tan poca fe? Los ángeles se deleitan en postrarse delante de Dios, aman estar cerca de Él. Su mayor gozo es estar en comunión con Dios; y sin embargo los hijos terrenales, que tanto necesitan de la ayuda que sólo Dios puede dar, parecen satisfechos de andar sin la luz de su Espíritu y la compañía de su presencia.

Las tinieblas del maligno circundan a los que son negligentes para orar. Las sutiles tentaciones del enemigo los seducen a pecar y esto se debe a que no hacen uso de los privilegios que Dios les ha dado en la cita divina de la oración. ¿Por qué los hijos e hijas de Dios son tan remisos para orar cuando la oración es la llave en la mano de la fe para abrir los almacenes del cielo, donde están atesorados los ilimitados recursos del Omnipotente? Estamos en peligro de volvernos indiferentes y de desviarnos del camino correcto si dejamos la oración constante y la vigilancia diligente. El adversario procura constantemente obstruir el camino al propiciatorio,

¿Por qué los hijos e hijas de Dios son tan remisos para orar cuando la oración es la llave en la mano de la fe para abrir los almacenes del cielo, donde están atesorados los ilimitados recursos del Omnipotente?

para que no obtengamos, mediante fervientes súplicas y fe, gracia y poder para resistir la tentación.

Hay ciertas condiciones según las cuales podemos esperar que Dios oiga y conteste nuestras oraciones. Una de las primeras es que sintamos la necesidad de su ayuda. El ha prometido: "Porque yo derramaré aguas sobre el seco, y ríos sobre la tierra árida" (Isaías 44:3). Los que tienen hambre y sed de Justicia, y los que anhelan a Dios, pueden estar seguros que serán saciados. El corazón debe abrirse a la influencia del Espíritu, de otra forma no se pueden recibir las bendiciones de Dios.

Nuestra gran necesidad es en sí misma un argumento e intercede elocuentemente en nuestro favor. Pero debe bus-

Nuestros propios méritos jamás nos recomendarán al favor de Dios, son los méritos de Jesús los que nos salvan y su sangre lo que nos limpia.

carse al Señor para que haga estas cosas por nosotros. Él dice: "Pedid y se os dará," y "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" (Mateo 7:7; Romanos 8:32).

Si damos lugar a la iniquidad en nuestro corazón, si nos aferramos a cualquier pecado conocido, el Señor no nos oirá; mas la oración del alma arrepentida y contrita es siempre aceptada. Cuando todas las faltas conocidas sean corregidas, podemos creer que Dios contestará nuestras peticiones. Nuestros propios méritos jamás nos recomendarán al favor de Dios, son los méritos de Jesús los que nos salvan y su sangre lo



que nos limpia; sin embargo nosotros tenemos una obra que hacer para cumplir las condiciones de la aceptación.

La fe es otro elemento de la oración eficaz. "Porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan" (Hebreos 11:6). Jesús dijo a sus discípulos: "Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá" (Marcos 11:24). ¿Creemos todo lo que nos dice su Palabra?

La promesa es amplia e ilimitada y es fiel El que prometió. Cuando no recibimos exactamente las cosas que pidamos y en el momento que lo pedimos, debemos seguir creyendo que el Señor nos oye y que contestará nuestras oraciones. Somos tan cortos de vista y tan propensos a errar que algunas veces pedimos cosas que no serían una bendición para nosotros. Nuestro Padre celestial contesta con amor nuestras oraciones dándonos lo que será para nuestro mayor beneficio, aquello que hubiéramos deseado si con visión divinamente iluminada, pudiéramos apreciar todas las cosas como realmente son. Cuando parezca que nuestras oraciones no son contestadas, hemos de aferrarnos a la promesa; porque con seguridad la respuesta vendrá y recibiremos las bendiciones que más necesitamos. Pero, pretender que la oración será siempre contestada con exactitud de la manera y para el asunto particular que deseamos, es presunción. Dios es demasiado sabio para equivocarse y demasiado bueno para negar un bien a los que andan en integridad. No temáis confiar en Él aunque

Mediante la oración sincera nos ponemos en conexión con la mente del Infinito.

Si queremos que nuestras oraciones sean oídas, debemos perdonar a otros de la misma manera y en la misma extensión como esperamos ser perdonados.

no veáis la respuesta inmediata a vuestras oraciones. Confíad en su promesa infalible: "Pedid y se os dará" (Mateo 7:7).

Si consultamos nuestras dudas y temores o tratamos de resolver lo que no podemos ver con claridad, antes de tener fe, las perplejidades sólo se aumentarán y profundizarán. Pero si venimos a Dios sintiéndonos desamparados y necesitados, como realmente somos y con humilde y confiada fe le presenta-

mos nuestras necesidades a Aquel cuya sabiduría es infinita, que ve toda la creación y gobierna todo por su voluntad y palabra, Él atenderá nuestro ruego y hará resplandecer la luz en nuestro corazón. Mediante la oración sincera nos ponemos en conexión con la mente del Infinito. Puede que no tengamos al momento una evidencia notable de que la faz de nuestro Redentor se inclina hacia nosotros con compasión y amor, pero no obstante así es. Tal vez no percibamos su toque, sin embargo su mano está sobre nosotros con amor y piadosa ternura.

Cuando vamos a pedir misericordia y la bendición de Dios debemos tener un espíritu de amor y perdón en nuestros corazones. ¿Cómo podemos orar: "Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo 7:12), si mantenemos un espíritu que no

perdona? Si queremos que nuestras oraciones sean oídas, debemos perdonar a otros de la misma manera y en la misma extensión como esperamos ser perdonados.

La perseverancia en la oración ha sido establecida como una condición para recibir. Debemos orar siempre si queremos crecer en fe y experiencia. Debemos ser: "constantes en la oración," "velando en ella con acción de gracias" (Romanos 12:12; Colosenses 4:2). Pedro exhorta a los creyentes y dice: "Sed, pues, sobrios, y velad en oración" (1 Pedro 4:7). Pablo aconseja: "Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (Filipenses 4:6). Judas dice: "Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios" (Judas 20-21). La oración incesante es la unión ininterrumpida del alma con Dios, a fin de que la vida de Dios fluya a la nuestra y de nuestra vida la pureza y santidad refluyan a él.

Es necesario ser diligentes en la oración, no permitáis que ninguna cosa os lo impida. Esforzaos para mantener una comunión constante entre Jesús y vuestra propia alma. Procurad toda oportunidad para ir donde soléis orar. Los que en verdad procuran la comunión con Dios se les verá en los cultos de oración, cumpliendo fielmente su deber, fervientes y ansiosos de obtener todas las bendiciones que puedan alcanzar. Aprovecharán toda oportunidad para co-

locarse donde puedan recibir los rayos de luz del cielo.

Debemos orar en el círculo de la familia y sobre todo, no de-



bemos descuidar la oración secreta, porque esta es la que da vida al alma. Es imposible que el alma florezca si se descuida la oración. La oración en público o en el círculo familiar no es suficiente. En medio de la soledad abrid vuestro corazón al ojo escudriñador de Dios. La oración secreta ha de ser oída solo por Dios que oye las oraciones. Ningún oído curioso debe recibir el peso de tales peticiones. En la oración privada el alma está libre de influencias externas, libre de excitación. Tranquila pero fervientemente se elevará hacia

Dios. Dulce y perdurable es la influencia que emana de Aquel que ve en secreto y cuyo oído está abierto para escuchar la oración que se eleva del corazón. Con fe sencilla y tranquila el alma se mantiene en comunión con Dios y recoge para sí rayos de luz divina para fortalecerse y sostenerse en el conflicto con Satanás. Dios es nuestra torre de refugio.

Orad en vuestro gabinete y en vuestro trabajo diario ele-

No hay nada que nos impida elevar nuestro corazón en una ferviente oración.

vad con frecuencia vuestro corazón a Dios. Fue de este modo como Enoch anduvo con Dios. Estas oraciones silenciosas se elevan al trono de la gracia como precioso incienso. Satanás no puede vencer a aquel que apoya así su corazón en Dios.

No hay tiempo ni lugar que sea impropio para ofrecer una oración a Dios. No hay nada que nos impida elevar nuestro corazón en una ferviente oración. Entre las multitudes de las calles, en medio de un compromiso de negocios, podemos elevar una petición a Dios e implorar la dirección divina, como lo hizo Nehemías cuando presentó su peti-

ción al rey Artajerjes. Dondequiera que estemos podemos comunicarnos con Dios. Debemos mantener la puerta del corazón continuamente abierta e invitar a Jesús a venir a morar en el alma como huésped celestial.

Aunque pueda haber una atmósfera corrompida e impura a nuestro alrededor, no necesitamos respirar sus miasmas, podemos vivir en el ambiente puro del cielo. Podemos cerrar todas las puertas a la imaginación impura y a los pensamientos no santificados, elevando el alma a la presencia de Dios a través de la oración sincera. Aquellos que abren sus corazones para recibir el apoyo y la bendición de Dios caminarán en una atmósfera más santa que la del mundo y tendrán constante comunicación con el cielo.

Necesitamos tener una visión más clara de Jesús y una mayor comprensión del valor de las verdades eternas. La belleza de la santidad ha de llenar el corazón de los hijos de Dios y para que esto se cumpla, debemos buscar la revelación divina de las cosas celestiales.

Dejad que el alma se eleve para que Dios nos conceda respirar de la atmósfera celestial. Podemos mantenernos tan cerca de Dios que en cualquier prueba inesperada nuestros pensamientos se vuelvan a Él con tanta naturalidad como la flor se vuelve hacia el sol.

Presentad a Dios vuestras necesidades, vuestros gozos, vuestras tristezas, vuestros cuidados y temores. No podéis agobiarlo ni cansarlo. El que numera los cabellos de vues-

*Presentad
a Dios
vuestras
necesidades,
vuestros
gozos,
vuestras
tristezas,
vuestros
cuidados y
temores.*

tra cabeza no es indiferente a las necesidades de sus hijos. "El Señor es muy misericordioso y compasivo" (Santiago 5:11). Su corazón amoroso se conmueve por nuestras tristezas y aun por nuestra presentación de ellas. Llévadle



todo lo que cause perplejidad a vuestra mente. Nada es demasiado grande que Él no lo pueda soportar, pues sostiene los mundos y gobierna todos los asuntos del universo. Nada, que de alguna forma concierna a nuestra paz, es demasiado pequeño para que le pase inadvertido. No hay en nuestra experiencia ningún pasaje tan oscuro que él no pueda leer; ni perplejidad demasiado difícil que no la aclare. Ninguna calamidad puede sobrevenir al más pequeño de sus hijos, ninguna ansiedad puede atormentar al alma, ningún gozo alegrar al corazón, ninguna oración sincera escaparse de los labios, que pasen inadvertidos a nuestro Padre celestial o que no tome en ello un interés inmediato. "Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas" (Salmos 147:3). Las relaciones entre Dios y cada una de las almas son tan claras y plenas como si no existiera otra alma sobre la tierra para compartir su vigilante cuidado, como si no hubiera otra alma por la cual dio a su Hijo amado.

Jesús dijo: "Pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama" (Juan 16:26-27). "Yo os elegí a vosotros para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé" (Juan 15:16). Orar en el nombre de Jesús es algo más que la mera mención de su nombre al comienzo y al final de la

oración. Es orar con el entendimiento y el espíritu de Jesús, creyendo sus promesas, confiando en su gracia y haciendo sus obras.

Dios no desea que ninguno de nosotros se convierta en ermitaño o monje y se retire del mundo a fin de consagrarse a la devoción y a la adoración. La vida debe ser como la vida de Cristo, entre la montaña y la multitud. El que no hace otra cosa sino orar, pronto dejará de hacerlo o sus oraciones se transformarán en una rutina formal. Cuando los hombres se apartan de la vida social, de la esfera del deber cristiano y de la obligación de llevar la cruz; cuando dejan de trabajar con fervor por el Maestro, que trabajaba con devoción por ellos, pierden la finalidad de la oración y el incentivo para la devoción. Sus oraciones llegan a ser personales y egoístas. No pueden orar por las necesidades de la humanidad o por la edificación del reino de Cristo, ni pedir la fuerza necesaria para trabajar.

Sufrimos una pérdida cuando descuidamos el privilegio de asociarnos con otros para fortalecernos y darnos ánimo en el servicio de Dios. Las verdades de su Palabra pierden su vivacidad e importancia en nuestras mentes. Nuestros corazones dejan de ser iluminados y vivificados por su influencia santificadora y nuestra espiritualidad declina. En nuestra asociación como cristianos perdemos mucho por falta de simpatías mutuas. El que se encierra en sí mismo no cumple la misión que Dios le ha designado. El ejercicio apropiado de los elementos sociales de nuestra naturaleza nos ayuda a simpatizar con otros y es un medio de desarrollarnos y fortalecernos en el servicio de Dios.

Si los cristianos se reunieran para hablarse el uno al otro del amor de Dios y de las preciosas verdades de la redención, sus corazones serían renovados y se motivarían unos a otros. Podemos aprender diariamente más de nuestro Padre celestial obteniendo una experiencia nueva de su gracia; entonces desearíamos hablar de su amor y al hacerlo, será alentado y fortalecido nuestro propio corazón. Si pensáramos y habláramos más de Jesús y menos de nosotros mismos, tendríamos mucho más de su presencia.

Si tan sólo pensáramos en Dios con tanta frecuencia como tenemos evidencia de su cuidado por nosotros, le

...Debería ser lo más natural del mundo tenerlo como el primero en todos nuestros pensamientos, hablar de su bondad y de su poder.

tendríamos siempre presente en nuestros pensamientos y nos deleitaríamos en hablar de Él y en alabarle. Hablamos de cosas temporales porque tenemos interés en ellas. Hablamos de nuestros amigos porque los amamos y nuestras alegrías y tristezas están ligadas con ellos. Sin embargo, tenemos razones infinitamente mayores para amar a Dios más que a nuestros amigos terrenales y debería ser lo más natural del mundo tenerlo como el primero en todos nuestros pensamientos, hablar de su bondad y de su poder. Los preciosos dones que nos ha concedido no tenían el fin de absorber nuestros pensamientos y amor tanto que no tuviéramos nada que ofrendar a Dios; ellos

han de recordárnoslo constantemente y unirnos con lazos de amor y gratitud a nuestro Benefactor celestial. Vivimos

demasiado apegados a lo terreno, levantemos nuestros ojos hacia la puerta abierta del santuario celestial, donde la luz de la gloria de Dios brilla en la faz de Cristo, quien “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” (Hebreos 7:25).

Necesitamos alabar más a Dios por su misericordia “y sus maravillas para con los hijos de los hombres” (Salmos 107:8). Nuestros ejercicios devocionales no deberían consistir enteramente en pedir y recibir. No estemos pensando siempre solo en nuestras necesidades y jamás en los beneficios que recibimos. No oramos nunca demasiado y somos mezquinos en dar gracias. Somos los constantes recipientes de las mercedes de Dios, sin embargo ¡cuán poca gratitud le expresamos, cuán poco le alabamos por lo que ha hecho por nosotros!

Antiguamente el Señor ordenó esto a Israel, para cuando se congregara para los servicios sagrados, “Y comeréis allí delante de Jehová vuestro Dios, y os alegraréis, vosotros y vuestras familias, en toda obra de vuestras manos en la cual Jehová tu Dios te hubiere bendecido” (Deuteronomio 12:7). Lo que se hace para la gloria de Dios, debe hacerse con alegría, con cánticos de alabanza y acción de gracias, no con tristeza y lobreguez.

Nuestro Dios es un Padre tierno y misericordioso. No



debiera considerarse su servicio como algo triste y desagradable. Debiera ser un placer adorar al Señor y participar en su obra. Dios no quiere que sus hijos, para

los cuales ha provisto una salvación tan grande, trabajen como si él fuera un amo duro y exigente. El es su mejor amigo y cuando le adoran, Él promete estar con ellos para bendecirlos y fortalecerlos, llenando su corazón con gozo y amor. El Señor desea que sus hijos encuentren satisfacción en su servicio, y más placer que fatigas en su obra. El desea que aquellos que vienen a adorarle lleven consigo pensamientos preciosos sobre su cuidado y amor, a fin de que puedan estar alegres en los quehaceres de la vida diaria y tengan gracia para hacer honesta y fielmente todas las cosas.

Debemos congregarnos en torno de la cruz. Cristo y Cristo crucificado debe ser el tema de nuestra contemplación, conversación y la más gozosa emoción. Debemos tener en mente todas las bendiciones que recibimos de Dios y al comprender su gran amor, deberíamos estar dispuestos a confiar todo en la mano que fue clavada en la cruz por nosotros.

El alma puede ascender más cerca del cielo en alas de la alabanza. Dios es adorado con cantos y música en las cortes celestiales y al expresar nuestra gratitud nos aproximamos a la adoración de las huestes celestiales. "El que sacrifica alabanza me honrará" (Salmos 50:23). Vayamos a nuestro Creador con gozo reverente, con "alegría y gozo, alabanza y voces de canto" (Isaías 50:3).



¿QUÉ SE DEBE HACER CON LA DUDA?

Muchos, especialmente los que son jóvenes en la vida cristiana, a veces se sienten turbados con las sugerencias del escepticismo. Hay muchas cosas en la Biblia que ellos no pueden explicar, ni siquiera comprender, y Satanás las emplea para hacer vacilar su fe en las Santas Escrituras como la revelación de Dios. Ellos preguntan: “¿Cómo sabré cuál es el camino correcto? Si la Biblia es en verdad la Palabra de Dios, ¿cómo puedo librarme de estas dudas y perplejidades?”

Dios nunca nos pide que creamos sin darnos suficiente evidencia sobre la cual fundar nuestra fe. Su existencia, su carácter y la veracidad de su Palabra, están todos establecidos por abundantes testimonios que apelan a nuestra razón. Sin embargo, Dios nunca ha quitado la posibilidad de la duda. Nuestra fe debe basarse sobre evidencias, no sobre demostraciones. Los que desean dudar tendrán oportunidad de hacerlo; mientras

Dios nunca nos pide que creamos sin darnos suficiente evidencia sobre la cual fundar nuestra fe.

que aquellos que quieren conocer la verdad encontrarán abundante evidencia sobre la cual fundar su fe.

Es imposible para la mente finita del hombre comprender el carácter o las obras del Infinito. Para el más agudo intelecto y para la mente más educada, ese Ser santo debe permanecer siempre envuelto en el misterio. “¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso? Es más alta que los cielos, ¿qué harás? Es más profunda que el Seol; ¿cómo la conocerás?” (Job 11:7-8).

El apóstol Pablo exclama: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Romanos 11:33). Aunque hay “nubes y oscuridad alrededor de él; justicia y juicio son el cimiento de su trono” (Salmos 97:2). Podemos comprender su proceder con nosotros y los motivos por los cuales ha obrado para que podamos discernir su ilimitado amor y gracia, unidos a su infinito poder. Podemos entender de sus propósitos tanto como sea para nuestro bien el saberlo, y más allá de esto debemos confiar en la mano omnipotente y en el corazón lleno de amor.

*Podemos
entender
de sus
propósitos
tanto como
sea para
nuestro bien
el saberlo.*

La Palabra de Dios, como el carácter de su divino Autor, presenta misterios que nunca podrán ser comprendidos en su plenitud por los seres finitos. La entrada del pecado en el mundo, la encarnación de Cristo, la regeneración, la resurrección y muchos otros temas presentados en la Biblia son misterios demasiado profundos

para que la mente humana los explique o los pueda comprender plenamente. Pero no tenemos razón de dudar de la Palabra de Dios porque no podamos comprender los misterios de su providencia. En el mundo natural estamos constantemente rodeados de misterios que no podemos sondear. Aun las formas más humildes de vida presentan problemas que el más sabio de los filósofos es incapaz de explicar. Doquiera se presentan maravillas que están más allá de nuestro entendimiento. ¿Debería sorprendernos entonces encontrar que en el mundo espiritual también hay misterios que no podemos descifrar? La dificultad yace únicamente en la debilidad y estrechez de la inteligencia humana. Dios nos ha dado en las Sagradas Escrituras suficiente evidencia de su carácter divino y no debemos dudar de su Palabra porque no podamos comprender todos los misterios de su providencia.



El apóstol Pedro dice que en las Sagradas Escrituras hay algunas "cosas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen ... para su propia perdición" (2 Pedro 3:16). Las dificultades que presentan las Sagradas Escrituras han sido consideradas por los incrédulos como un argumento contra la Biblia; pero muy lejos de ello, éstas constituyen una poderosa evidencia de su divina inspiración. Si ella no presentara más razón de Dios sino sólo lo que fácilmente podemos comprender, si su grandeza y majestad pudieran ser captadas por las mentes finitas, entonces la Biblia no llevaría las inequívocas credenciales de la autoridad divina. La misma grandeza y misterio de

los temas presentados deberían inspirar fe en ella como la Palabra de Dios.

La Biblia despliega la verdad con una sencillez y una perfecta adaptación a las necesidades y anhelos del corazón humano que ha asombrado y cautivado las inteligencias más cultivadas y a la vez capacita al humilde e inculto para discernir el camino de la salvación. Sin embargo, estas verdades declaradas de manera sencilla encierran temas tan elevados, tan extensos, tan infinitamente fuera del alcance del poder de la comprensión humana, que podemos aceptarlos solamente porque Dios los ha declarado. De este modo el plan

*Cuanto más
escudriña
la Biblia,
tanto más
profunda es
su convicción
de que es la
palabra del
Dios vivo
y la razón
humana
se inclina
ante la
majestad de
la revelación
divina.*

de salvación se expone ante nosotros para que cada alma pueda ver los pasos que ha de tomar en arrepentimiento para con Dios y en fe para con nuestro Señor Jesucristo, a fin de ser salvos como Dios lo ha declarado. Sin embargo, bajo estas verdades tan fáciles de comprender, yacen misterios que son el escondedero de su gloria, misterios que sobrepujan el intelecto que escudriña, pero que inspiran reverencia y fe al que con sinceridad busca la verdad. Cuanto más escudriña la Biblia, tanto más profunda es su convicción de que es la palabra del Dios vivo y la razón humana se inclina ante la majestad de la revelación divina.

Reconocer que no podemos comprender plenamente las grandes verdades de la Biblia, es solamente admitir que la mente

finita es insuficiente para comprender lo infinito; que el hombre, con su limitado conocimiento humano, no puede comprender los designios de la Omnisciencia.

El escéptico y el incrédulo rechazan la Palabra de Dios porque no pueden sondear todos sus misterios; y no todos los que profesan creer en la Biblia están libres de este peligro. El apóstol dice: "Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo" (Hebreos 3:12). Es correcto estudiar detenidamente las enseñanzas de la Biblia e inquirir en "lo profundo de Dios" (1 Corintios 2:10), hasta donde se revela en las Sagradas Escrituras. Mientras "las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios, las reveladas son para nosotros" (Deuteronomio 29:29). Pero es la obra de Satanás pervertir los poderes investigadores de la mente. Cierta orgullo se mezcla con la consideración de la verdad bíblica, de modo que el hombre se siente impaciente y derrotado si no puede explicar, para su satisfacción, cada porción de las Sagradas Escrituras. Es demasiado humillante para ellos reconocer que no entienden la palabra inspirada. No quieren esperar con paciencia hasta que Dios vea conveniente revelarles la verdad. Sienten que su humana sabiduría es, por si misma, suficiente para hacerles comprender las Sagradas Escrituras y al fracasar en su tentativa virtualmente niegan su autoridad. Es cierto que hay muchas teorías y doctrinas consideradas popularmente como derivadas de la Biblia, pero que no tienen fundamento en sus en-



señanzas y en realidad son contrarias a todo el tenor de la inspiración. Estas cosas han causado dudas y perplejidad a muchas mentes. No son, sin embargo, atribuibles a la Palabra de Dios, sino a la perversión que el hombre ha hecho de ella.

Si fuera posible para los seres creados obtener una comprensión plena de Dios y de sus obras, entonces, habiendo alcanzado este punto, ya no habría para ellos nuevas verdades que descubrir, ni crecimiento en conocimiento, ni mayor desarrollo de la mente y del corazón. Dios ya no sería más supremo y el hombre habiendo alcanzado el límite del saber cesaría de avanzar. Demos gracias a Dios que no es así. Dios es infinito, en Él “están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Colosenses 2:3). Y por toda la eternidad los hombres podrán estar siempre escudriñando, siempre aprendiendo y sin embargo nunca agotar los tesoros de su sabiduría, de su bondad y de su poder.

Podemos comprender la Palabra de Dios sólo a través de la iluminación del Espíritu por el cual fue dada la Palabra.

Dios quiere que aun en esta vida las verdades de su Palabra se vayan revelando de continuo a su pueblo. Hay solo un modo para obtener este conocimiento. Podemos comprender la Palabra de Dios sólo a través de la iluminación del Espíritu por el cual fue dada la Palabra. “Nadie conoció las cosas de Dios sino el Espíritu de Dios”; “porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Corintios 2:11-10). Y la promesa del Salvador a sus discípulos fue: “Cuando venga el Espíri-



tu de verdad, él os guiará a toda verdad ... porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Juan 16:13-14).

Es el deseo de Dios que el hombre ejercite su facultad de razonar y el estudio de la Biblia fortalecerá y elevará la mente como ningún otro estudio puede hacerlo. Sin embargo, debemos cuidarnos de no deificar la razón, la cual está sujeta a las debilidades y flaquezas de la humanidad. Si no queremos que las Sagradas Escrituras estén veladas para nuestro entendimiento de modo que no podamos comprender ni las verdades más sencillas, debemos tener la sencillez y la fe de un niño y estar listos para aprender e implorar la ayuda del Espíritu Santo. El conocimiento del poder y sabiduría de Dios y de nuestra incapacidad de comprender su grandeza, debe inspirarnos humildad y debemos abrir su Palabra con santo temor, como si estuviéramos en su presencia. Cuando nos allegamos a la Biblia, la razón debe reconocer una autoridad superior a ella misma y el corazón y el intelecto deben postrarse ante el gran Yo Soy.

Hay muchas cosas aparentemente oscuras o difíciles, que Dios hará claras y sencillas para aquellos que procuran comprenderlas. Pero sin la dirección del Espíritu Santo estaremos de continuo en riesgo de torcer la Sagradas Escrituras o malinterpretarlas. Hay mucha lectura de la Biblia que no deja provecho alguno y en muchos casos su lectura causa un daño patente. Cuando la Palabra de Dios se abre sin oración y reverencia; cuando los pensamientos y afectos no están fijos en Dios, o en armonía con su voluntad,

la mente está envuelta en la duda, entonces con el mismo estudio de la Biblia se fortalece el escepticismo. El enemigo controla los pensamientos y sugiere interpretaciones incorrectas. Cuando los hombres no procuran estar en armonía con Dios en palabras y hechos, aunque sean muy instruidos, están propensos a errar en la comprensión de las Sagradas Escrituras y no es seguro confiar en sus explicaciones. Aquellos que toman las Escrituras para buscar discrepancias, no tienen discernimiento espiritual. Con una visión distorsionada encontrarán muchas razones para la duda y la incredulidad en cosas que realmente son claras y sencillas.

Como quiera que se disfrace, la causa real de la duda y el escepticismo, en la mayoría de los casos, es el amor al pecado. Las enseñanzas y restricciones de la Palabra de Dios no agradan al corazón orgulloso, amante del pecado, y los que no quieren obedecer sus requerimientos están listos para dudar de su autoridad. A fin de llegar a la verdad, debemos tener un deseo sincero de conocer la verdad y un corazón dispuesto a obedecerla. Y todos los que estudian la Biblia con ese espíritu, encontrarán abundante evidencia de que es la Palabra de Dios y pueden ganar un conocimiento de sus verdades que los hará sabios para la salvación.

Cristo dijo: "El que quiere hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios" (Juan 7:17). En vez de discutir y cavilar sobre lo que no comprendáis, prestad atención a la luz que ya brilla sobre vosotros y recibiréis mayor luz. Mediante la gracia de Cristo cumplid cada deber que habéis llegado a entender y estaréis capacitados para comprender y cumplir aquellos de los que todavía dudáis.

Hay una prueba que está al alcance de todos, del más educado como también del más ignorante; es la prueba de la experiencia. Dios nos invita a probar por nosotros mismos la realidad de su Palabra y la verdad de sus promesas. Él nos dice: "Gustad, y ved que es bueno Jehová" (Salmos 34:8). En vez de depender de la palabra de otro, debemos probarlo nosotros mismos. Jesús dice: "Pecad y recibiréis" (Juan 16:24). Sus promesas se cumplirán; nunca han faltado y no podrán faltar jamás. Y mientras nos acercamos a Jesús y nos regocijamos en la plenitud de su amor, nuestras dudas y tinieblas desaparecerán en la luz de su presencia.

El apóstol Pablo dice que Dios "nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo" (Colosenses 1:13). Y todo aquel que ha pasado de la muerte a la vida "atestigua que Dios es veraz" (Juan 3:33). Puede testificar: "Necesitaba ayuda y la encontré en Jesús. Fueron suplidas todas mis necesidades, el hambre de mi alma fue saciada; y ahora la Biblia es para mí la revelación de Jesucristo. ¿Me preguntáis por qué creo en Jesús? Porque es para mí un Salvador divino. ¿Por qué creo en la Biblia? Porque he encontrado que es la voz de Dios para mi alma." Podemos tener en nosotros

Dios nos invita a probar por nosotros mismos la realidad de su Palabra y la verdad de sus promesas.

Podemos tener en nosotros mismos el testimonio de que la Biblia es verdadera y que Cristo es el Hijo de Dios.

mismos el testimonio de que la Biblia es verdadera y que Cristo es el Hijo de Dios. Sabemos que no estamos siguiendo fábulas astutamente inventadas.

Pedro exhorta a sus hermanos diciendo: "Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Pedro 3:18). Cuando el pueblo de Dios crece en la gracia, obtiene constantemente una comprensión más clara de su Palabra. Discernirán nueva luz y belleza en sus verdades sagradas. Esto es lo que ha sucedido en la historia de la iglesia en todas las edades y continuará sucediendo hasta el fin. "Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto" (Proverbios 4:18).

Por fe podemos mirar el más allá y aferrarnos a las promesas de Dios respecto al desarrollo de la inteligencia, a la unión de las facultades humanas con las divinas y al contacto directo de todos los poderes del alma con la Fuente de la Luz. Podemos regocijarnos que todo lo que nos ha causado perplejidad en las providencias de Dios, será aclarado; lo que ha sido difícil de comprender, será revelado; y donde nuestro entendimiento finito veía sólo confusión y propósitos frustrados, veremos la más bella y perfecta armonía. "Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido" (1 Corintios 13:12).



LA FUENTE DE REGOCIJO Y FELICIDAD

Los Hijos de Dios están llamados a ser representantes de Cristo poniendo de manifiesto la bondad y la misericordia del Señor. Como Jesús nos ha revelado el verdadero carácter del Padre, de igual manera hemos nosotros de revelar a Cristo a un mundo que no conoce su tierno y compasivo amor. “Como tú me enviaste al mundo,” dijo Jesús, “así yo los he enviado al mundo.” “Yo en ellos y tú en mí ... para que el mundo conozca que tú me enviaste” (Juan 17:18, 23). El apóstol Pablo dice a los discípulos de Jesús: “Nuestras cartas sois vosotros,” “conocidas y leídas por todos los hombres” (2 Corintios 3:3, 2). En cada uno de sus hijos el Señor Jesús envía una carta al mundo. Si sois seguidores de Cristo, Él envía en vosotros una carta a la familia, la aldea y a la calle donde vivís. Jesús, morando en vosotros, desea hablar a los corazones que no le conocen. Tal vez no leen la Biblia o no oyen la voz que les habla en sus páginas, ni ven el amor de Dios en sus obras; pero si eres un verdadero representante de Cristo, es posible que

*Si sois
seguidores
de Cristo,
Él envía en
vosotros una
carta a la
familia, la
aldea y a la
calle donde
vivís.*

por ti sean inducidos a percibir algo de su bondad y sean ganados para amarle y servirle.

Si representamos verdaderamente a Cristo, haremos que su servicio parezca atractivo, como realmente lo es.

Los cristianos son portadores de luz en el camino al cielo. Han de reflejar al mundo la luz de Cristo que brilla sobre ellos. Su vida y su carácter deben ser tales, que por ellos otros adquieran el concepto correcto de Cristo y de su servicio.

Si representamos verdaderamente a Cristo, haremos que su servicio parezca atractivo, como realmente lo es. Los cristianos que acumulan amarguras y tristezas sobre su alma, murmuran y se quejan, dan a otros una representación falsa de Dios y de la vida cristiana. Dan la impresión de que Dios no se agrada que sus hijos sean felices y en esto dan

falso testimonio contra nuestro Padre celestial.

Satanás triunfa cuando puede inducir a los hijos de Dios a la incredulidad y al desaliento. Se deleita cuando nos ve desconfiar de Dios, dudando de su voluntad y poder para salvarnos. Le agrada hacernos sentir que el Señor nos hará daño por sus providencias. Es la obra de Satanás representar a Dios como falto de compasión y piedad. Tergiversa la verdad acerca de Él. Llena la imaginación con ideas falsas concernientes a Dios y en vez de espaciarse en la verdad acerca de nuestro Padre celestial, muy a menudo fijamos nuestros pensamientos en las falsas representaciones de Satanás y deshonramos a Dios murmurando contra Él. Satanás siempre procura hacer de la vida religiosa una vida

de tinieblas. Desea hacerla parecer penosa y difícil; y cuando el cristiano presenta en su propia vida esta imagen de la religión, por su incredulidad secunda la falsedad de Satanás.

Muchos, al recorrer el sendero de la vida, se espacian en sus errores, fracasos y desengaños y sus corazones están llenos de aflicción y desaliento. Mientras estaba yo en Europa, una hermana que había estado haciendo esto y se había sumido en la pena, me escribió pidiéndome un consejo que la animara. Leí su carta y la noche siguiente soñé que estaba en un jardín y uno que parecía ser el dueño del jardín me guiaba por los senderos. Cogía flores y me deleitaba en su fragancia cuando, esta hermana que caminaba a mi lado, me llamó la atención a algunos zarzales que le impedían el paso. Allí estaba ella afligida y llena de pesar. No iba por el sendero siguiendo al guía sino que avanzaba entre espinas y zarzas. "¡Oh!" murmuró ella, "¿No es una lástima que este hermoso jardín esté echado a perder con espinas?" Entonces el guía nos dijo: "No hagáis caso de las espinas, porque sólo os molestarán. Coged las rosas, los lirios y los claveles."

¿No ha habido en vuestra experiencia algunos momentos felices? ¿No habéis tenido algunos momentos preciosos en que vuestro corazón palpitará de gozo en respuesta al Espíritu de Dios? Cuando volvéis vuestra mirada a los capítulos de la experiencia de vuestra vida ¿no encontráis algunas páginas agradables? ¿No son las promesas de Dios como fragantes flores que crecen a cada lado de vuestro camino? ¿No permitiréis que su belleza y fragancia llenen vuestro corazón de gozo?



Las espinas y los abrojos sólo os herirán y os causarán dolor; y si cogéis sólo estas cosas y las presentáis a otros ¿no estáis, además de despreciar vosotros mismos la bondad de Dios, impidiendo a los demás a caminar en el sendero de la vida?

No es sabio juntar todas las cosas desagradables de la vida pasada, sus iniquidades y desengaños, hablar de ellos y llorarlos hasta estar abrumados con el desaliento. Un alma desalentada está llena de tinieblas, excluye la luz de Dios de su propia alma y arroja sombras sobre el sendero de los otros.

Gracias a Dios por los resplandecientes cuadros que nos presenta.

Gracias a Dios por los resplandecientes cuadros que nos presenta. Reunamos las benditas promesas de su amor para que podamos contemplarlas continuamente. El Hijo de Dios que deja el trono de su Padre y reviste su divinidad con la humanidad para rescatar al hombre del poder de Satanás; su triunfo en nuestro favor que abre el cielo a los hombres y revela a la visión humana la morada donde la Divinidad descubre su gloria; la raza caída levantada del foso de la ruina en la que el pecado la había sumergido y traída de nuevo a la armonía con el Dios infinito; y habiendo soportado la prueba divina por fe en nuestro Redentor, fue vestida con la justicia de Cristo y exaltada hasta su trono; estas son las cosas que Dios desea que contemplemos.

Cuando parece que dudamos del amor de Dios y que desconfiamos de sus promesas, lo deshonramos y contristamos su Santo Espíritu. ¿Cómo se sentiría una madre si



sus hijos estuvieran constantemente quejándose de ella, como si no deseara el bien de ellos, cuando todo el esfuerzo de su vida ha sido para fomentar sus intereses y para proporcionarles comodidad? Suponed que ellos dudaran de su amor, esto quebrantaría su corazón. ¿Cómo se sentiría un padre al ser tratado de esta forma por sus hijos? ¿Y cómo puede considerarnos nuestro Padre celestial cuando desconfiamos de su amor que le ha inducido a dar a su Hijo unigénito para que tengamos vida? El apóstol escribe: “El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas?” (Romanos 8:32). Sin embargo, cuántos hay que con sus acciones, si no con sus palabras, están diciendo: “El Señor no dijo esto para mí. Tal vez ame a otros, pero no me ama a mí.”

Todo esto está perjudicando vuestra propia alma; porque cada palabra de duda que pronunciáis es una invitación a las tentaciones de Satanás; fortalece en vosotros la tendencia a dudar y contristáis a los ángeles ministradores. Cuando Satanás os tienta no salga de vuestros labios una palabra de duda o de tinieblas. Si elegís abrir la puerta a sus sugerencias, vuestra mente se llenará de desconfianza y cuestionamiento rebelde. Si expresáis vuestros sentimientos, cada duda que manifestéis no solamente reaccionará sobre vosotros mismos, sino que será una semilla que germinará y llevará frutos en la vida de otros,

*Quando
Satanás os
tienta no
salga de
vuestros
labios una
palabra de
duda o de
tinieblas.*

y puede resultar imposible contrarrestar la influencia de vuestras palabras. Vosotros mismos podríais ser capaces de reponeros de la hora de tentación y libraros de las trampas de Satanás; pero los que han sido dominados por vuestra influencia pueden no ser capaces de escapar de la incredulidad que les habéis insinuado. ¡Cuán importante es que hablemos sólo de aquellas cosas que den fuerza espiritual y vida!

Los ángeles están atentos para escuchar qué clase de informe estáis dando al mundo acerca de vuestro Maestro celestial. Conversad sobre Aquel que vive para interceder por vosotros delante del Padre. Que la alabanza a Dios esté en vuestros labios y en vuestro corazón cuando estrecháis la mano de un amigo. Esto atraerá sus pensamientos a Jesús.

Todos tenemos pruebas, duras aflicciones que sobrellevar y fuertes tentaciones que resistir. No contéis vuestras tribulaciones a los mortales, sino llevadlo todo a Dios en oración. Tened como norma el no pronunciar nunca una palabra de duda o de desaliento. Podéis hacer mucho para iluminar la vida de otros y fortalecer sus esfuerzos mediante palabras de esperanza y de santa alegría.

Podéis hacer mucho para iluminar la vida de otros y fortalecer sus esfuerzos mediante palabras de esperanza y de santa alegría.

Hay muchas almas valientes penosamente acosadas por la tentación, casi a punto de desmayar en el conflicto con el "yo" y con las potencias del mal. No desalentéis a los tales en su dura lucha. Animadlas con palabras de



valor y de esperanza que les insten a proseguir en su camino. Así podéis reflejar la luz de Cristo. "Porque ninguno de vosotros vive para sí" (Romanos 17:7). Por vuestra influencia inconsciente otros pueden ser animados y fortalecidos o pueden ser desalentados y alejados de Cristo y de la verdad.

Hay muchos que tienen ideas erróneas de la vida y del carácter de Cristo. Piensan que no tenía calor ni alegría, que era austero, severo y triste. En muchos casos toda la experiencia religiosa está matizada por estos aspectos sombríos.

Se dice a menudo que Jesús lloraba, pero que nunca se supo que haya sonreído. Nuestro Salvador fue en verdad el varón de dolores, experimentado en quebrantos, porque abrió su corazón a todos los pesares de la humanidad. Pero aunque su vida era abnegada y ensombrecida por el dolor y el cuidado, su espíritu nunca quedó abrumado por ellos. Su semblante no tenía una expresión de dolor o amargura sino siempre de paz y serenidad. Su corazón era un manantial de vida y dondequiera que iba llevaba descanso y paz, gozo y alegría.

Nuestro Salvador fue profundamente serio e intensamente fervoroso pero nunca sombrío o huraño. La vida de los que le imitan estará llena de propósitos serios y tendrán un profundo sentido de responsabilidad personal. Reprimirán la liviandad, no habrá ruidosa alegría entre ellos, ni bromas groseras, pues la religión de Jesús da paz como un río. No apaga la luz del gozo, no

La vida de los que le imitan estará llena de propósitos serios y tendrán un profundo sentido de responsabilidad personal.

restringe la alegría, ni nubla la alegre y sonriente faz. Cristo no vino para ser servido sino para servir y cuando su amor reina en el corazón seguiremos su ejemplo.

Si guardamos en nuestro corazón las acciones egoístas e injustas de los demás encontraremos que es imposible amarlos como Cristo nos amó; pero si nuestros pensamientos se espacian en el maravilloso amor y piedad de

Debemos cultivar la humildad y la desconfianza en nosotros mismos y una ternura paciente con las faltas de los demás.

Cristo por nosotros, el mismo espíritu fluirá hacia otros. Debemos amarnos y respetarnos el uno al otro, a pesar de las faltas e imperfecciones que no podemos evitar ver. Debemos cultivar la humildad y la desconfianza en nosotros mismos y una ternura paciente con las faltas de los demás. Esto matará todo egoísmo y nos hará de un corazón grande y generoso.

El salmista dice: "Confía en Jehová, y haz el bien, y habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad" (Salmos 37:3). "Confía en Jehová." Cada día trae sus cargas, sus cuidados y perplejidades y cuando los encontramos ¡cuán pronto estamos para hablar de nuestras pruebas y dificultades! Tantas pruebas prestadas se inmiscuyen, se abrigan tantos temores y se expresa tal peso de ansiedad que cualquiera podría suponer que no tenemos un Salvador misericordioso y amante listo para escuchar todas nuestras peticiones y ayudarnos en todo tiempo de necesidad.

Algunos están siempre llenos de temor y toman pruebas prestadas. Todos los días están rodeados de las prendas

del amor de Dios; todos los días gozan de las bondades de su providencia; pero pasan por alto todas estas bendiciones presentes. Sus pensamientos están siempre espaciándose en algo desagradable que temen que pueda suceder, o puede ser que exista algún problema real que, aunque pequeño, cierra sus ojos a las muchas cosas que demandan gratitud. Las dificultades que encuentran, en vez de guiarlos hacia Dios, la única fuente de ayuda, los separan de Él porque despiertan inquietud y pesar.

¿Hacemos bien en ser así incrédulos? ¿Por qué ser desagradecidos y desconfiados? Jesús es nuestro amigo; todo el cielo está interesado en nuestro bienestar. No debemos permitir que las perplejidades y los cuidados cotidianos atribulen la mente y nublen el ceño. Si lo hacemos tendremos siempre algo que nos perturbe y nos fatigue. No debemos dar entrada a los cuidados que sólo nos atribulan y destruyen, pero no nos ayudan a soportar nuestras pruebas.

Podéis estar perplejos en vuestros negocios; vuestra perspectiva puede ser cada día más sombría y podéis estar amenazados de pérdida; pero no os desaniméis. Confíad vuestras cargas a Dios y permaneced serenos y alegres. Orad pidiendo sabiduría para manejar vuestros asuntos con discreción y así podréis evitar pérdida y desastre. Haced todo lo que esté de vuestra parte para obtener resultados favorables. Jesús ha prometido su ayuda pero no aparte de nuestro esfuerzo. Cuando hayáis hecho



todo lo que podáis, confiando en vuestro Ayudador, aceptad los resultados con alegría.

No es la voluntad de Dios que su pueblo sea abrumado con cuida-



dos. Pero nuestro Señor no nos engaña. El no nos dice: “No temáis, no hay peligros en vuestro sendero.” Él sabe que hay pruebas y peligros y trata con nosotros con franqueza. El no ofrece sacar a su pueblo de un mundo de pecado y maldad pero les presenta un refugio infalible. Su oración por sus discípulos fue: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.” “En el mundo,” dijo Él, “tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33).

En su sermón del monte, Cristo enseñó a sus discípulos preciosas lecciones acerca de la necesidad de confiar en Dios. Estas lecciones estaban designadas para alentar a los hijos de Dios a través de los siglos y han llegado hasta nuestro tiempo llenas de instrucción y consuelo. El Salvador llamó la atención de sus discípulos a cómo las avechillas de

*El gran
Proveedor
para el
hombre y la
bestia abre
su mano
y suple a
todas sus
criaturas.*

los cielos entonan sus trinos de alabanza libres de cuidados porque “no siembran, ni siegan” y sin embargo el gran Padre provee para sus necesidades. El Salvador pregunta: “¿No valéis vosotros mucho más que ellas?” (Mateo 6:26). El gran Proveedor para el hombre y la bestia abre su mano y suple a todas sus criaturas. Los pajarillos no pasan desapercibidos para Él. No deja caer su alimento en el pico pero provee para todas sus necesidades.

Deben recoger los granos que ha esparcido para ellos. Deben juntar el material para sus niditos. Deben alimentar a sus polluelos. Ellas van cantando a su trabajo porque “su Padre celestial les da su alimento.” Y “¿no valéis vosotros mucho más que ellas?” ¿No sois vosotros, como adoradores inteligentes y espirituales, de mucho más valor que las aves del cielo? El Autor de nuestro ser, el Conservador de nuestra existencia, Aquel que nos hizo a su divina imagen, ¿no proveerá nuestras necesidades si tan sólo confiamos en Él?

Cristo llamó la atención de sus discípulos a las florecillas de los campos que crecen en gran profusión y resplandecen con la simple belleza que el Padre celestial les ha dado como una expresión de su amor hacia el hombre. El decía: “Considerad los lirios del campo, cómo crecen.” La belleza y sencillez de estas flores naturales sobrepuja el esplendor de Salomón. El más suntuoso atavío producido por la pericia del arte no puede compararse con la gracia natural y la radiante belleza de las flores de la creación de Dios. Jesús pregunta: “Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?” (Mateo 6:28, 30). Si Dios, el Artista divino, da a las sencillas flores, que perecen en un día, sus delicados y variados colores, ¿cuánto mayor cuidado tendrá por los que ha creado a su propia

*Si Dios,
el Artista
divino, da a
las sencillas
flores, que
perecen en
un día, sus
delicados
y variados
colores,
¿cuánto
mayor
cuidado
tendrá por
los que ha
creado a
su propia
imagen?*

imagen? Esta lección que dio Cristo es un reproche para la ansiedad, las perplejidades y dudas del corazón sin fe.

El Señor quiere que todos sus hijos e hijas sean felices, pacíficos y obedientes. Jesús dijo: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo.” “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Juan 14:27; 15:11).

La felicidad que se obtiene por motivos egoístas, fuera de la senda del deber, es desequilibrada, incierta y transitoria; se desvanece y deja el alma llena de soledad y tristeza, pero en el servicio de Dios hay gozo y satisfacción; Dios no abandona al cristiano para caminar en senderos inciertos, ni lo abandona a vanos pesares y desilusiones. Si no tenemos los placeres de esta vida, podemos aun ser felices contemplando los de la vida venidera.

*Cada paso
en la vida
puede
acercarnos
más a
Jesús, puede
darnos una
experiencia
más
profunda de
su amor.*

Pero aun aquí los cristianos pueden tener el gozo de la comunión con Cristo; pueden tener la luz de su amor y el perpetuo consuelo de su presencia. Cada paso en la vida puede acercarnos más a Jesús, puede darnos una experiencia más profunda de su amor y conducirnos un paso más cerca del bendito hogar de paz. Por lo tanto no abandonemos nuestra confianza, sino tengamos una certeza firme, más firme que nunca antes. “Hasta aquí nos ayudó Jehová” (1 Samuel 7:12) y nos ayudará hasta el final. Miremos los monumentos conmemorativos

que el Señor ha hecho para confortarnos y salvarnos de la mano del destructor. Guardemos frescos en la memoria todas las tiernas misericordias que Dios nos ha mostrado, las lágrimas que ha enjugado, las penas que ha disipado, la ansiedad que ha alejado, los temores que ha desvanecido, los deseos cumplidos y las bendiciones que ha derramado, a fin de fortalecernos para lo que nos queda por delante en nuestra peregrinación.

No podemos sino mirar hacia adelante a nuevas perplejidades en el conflicto venidero, pero podemos considerar tanto lo pasado como lo futuro y decir: "Hasta aquí nos ayudó Jehová." "Y como tus días, serán tus fuerzas" (Deuteronomio 33:25). La prueba no excederá la fuerza que nos será dada para sobrellevarla. Por lo tanto tomemos nuestro trabajo dondequiera lo encontremos, confiando que nos será dada la fuerza proporcional a la prueba para soportar cualquier cosa que venga.

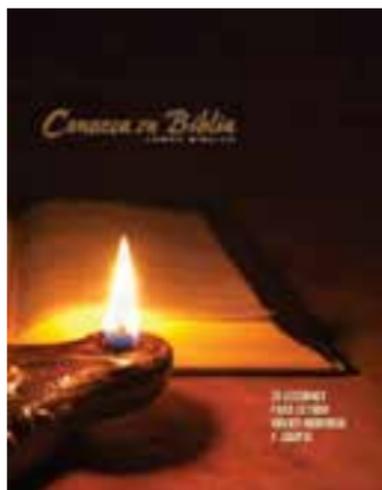
Y luego los portales eternos se abrirán de par en par para que entren los hijos de Dios y de los labios del Rey de gloria resonará en sus oídos como la música más exquisita, la bendición: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mateo 25:34).

Entonces los redimidos serán bienvenidos al hogar que Jesús les está preparando. Allí no estarán en compañía de los viles, los mentirosos, los idólatras, los impuros y los incrédulos; sino que se asociarán con los que hayan vencido a Satanás y por la

Entonces los redimidos serán bienvenidos al hogar que Jesús les está preparando.

gracia divina hayan formado caracteres perfectos. Toda tendencia pecaminosa, toda imperfección que les aflige aquí habrá sido quitada por la sangre de Cristo y les es impartida la excelencia y el esplendor de su gloria, que excede al resplandor del sol. Y la belleza moral, la perfección del carácter de Cristo que resplandece a través de ellos supera este esplendor exterior. Están sin mancha delante del gran trono blanco, compartiendo la dignidad y los privilegios de los ángeles.

En vista de la gloriosa herencia que puede ser suya, “¿Qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Mateo 16:26). Puede ser pobre, sin embargo posee en sí mismo una riqueza y una dignidad que el mundo jamás podrá conferirle. El alma redimida y limpia de pecado, con todas sus nobles facultades dedicadas al servicio de Dios, es de un valor incomparable; y hay gozo en el cielo en la presencia de Dios y de los santos ángeles por cada alma redimida, gozo que se expresa con cánticos de santo triunfo.



¡Estudia la Biblia en casa!

25 LECCIONES
SOBRE SUJETOS
BÍBLICOS
BÁSICOS Y
PROFECÍA
\$19.95
(Incluye gastos de envío)



Las lecciones incluyen:

- ¿Quién es Dios?
- Influencias sobrenaturales
- El plan de Dios
- El desenlace de la historia
- La eternidad—¿donde?
- La profecía del juicio
- La vida nueva
- Promesas en la ley

PIDE TU LIBRO
DE ESTUDIO
CON
ILUSTRACIONES
EN COLOR
Y CUESTIONARIOS

Envía un mensaje de texto con
tu nombre y dirección a:
916-765-3389

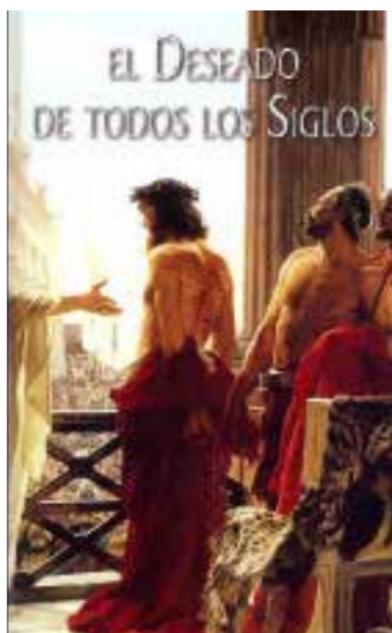
Recibirás una factura con instrucciones
para pagar con cheque o en línea. Te
proporcionará el nombre
y la dirección de un
instructor, si lo deseas.

PEDIR Y PAGAR
EN LÍNEA



ESCRIBIR PARA SOLICITAR UN LIBRO GRATIS

EL DESEADO DE TODAS LAS GENTES



Por Elena G. de White

La historia inspiradora del nacimiento, vida, experiencias, misión, muerte, resurrección y promesas de Jesús y de su regreso.

Enviar una solicitud por correo electrónico a

info@sda1888.org

La búsqueda comienza...

Una vez iniciada, el tesoro que se encuentra se multiplica para abarcar lo inimaginable. Aunque no es parte del clamor de la cultura popular, es completamente alcanzable.

“Toda alma era preciosa a sus ojos. Aunque siempre llevaba consigo la dignidad divina, se inclinaba con la más tierna consideración hacia cada miembro de la familia de Dios. En todos los hombres veía almas caídas a quienes era su misión salvar.

“Tal es el carácter que Cristo reveló en su vida. Este es el carácter de Dios. Del corazón del Padre es de donde fluyen para todos los hijos de los hombres, los ríos de divina compasión, revelada en Cristo.”

No hay comparación con esto.

HAGA LA DECISIÓN
PARA COMENZAR SU BÚSQUEDA